

DIARIO DE UN FRUSTRADO CAMINO A SANTIAGO DE COMPOSTELA

Madrid, 20 de mayo de 2008

*¡Ultreia et suseia
Deus adiuvanos!*

(Y nos adiuvo poco, la verdad)

Camino de Roncesvalles y Roncesvalles, 21 de mayo de 2008

Bueno, ya estoy en el tren con destino Pamplona. ¡Qué sensación de libertad! y ¡qué emoción! Pero también qué incertidumbre y algo de temor.

Me llamó Miguel para darme la mala noticia de que solo he cotizado un 1 por ciento en el Plan de Pensiones. Pero yo pensé como el Lord inglés: ¡qué disgusto me voy a llevar cuando vuelva a Madrid!

Subí al tren Alvia en la estación de Atocha a las 10,35. El viaje se me hizo corto. Tomé un café con un donuts y hasta dormí un poco después de escuchar música y leer la guía.

Al llegar a Pamplona, un tipo con una mochila se me acercó para preguntarme si hablo inglés. Iba a emprender, como yo, el Camino; le sugerí compartir un taxi hasta Roncesvalles y no esperar, así, la salida del autobús de las 6 de la tarde. Le pareció bien y cada uno pagó 30 euros.

Se llama Johan, está jubilado y es investigador de células óseas en un laboratorio canadiense. Su trabajo es estresante, me dijo. Oyó hablar del Camino hace 3 años y entonces decidió hacerlo algún día. Su mujer trabaja a tiempo parcial. Si se cansara de hacer el Camino aprovecharía su viaje a Europa para ver a su hijo que trabaja en Suiza.

En Roncesvalles prefirió alojarse en un albergue privado, habitación individual y baño por el precio de 60 euros. Yo fui al albergue de peregrinos a 6 euros la noche, sin sábana, manta y, por supuesto, sin baño privado. Así que allí nos despedimos. No lo he vuelto a ver.

Mientras esperaba a que abrieran el albergue escribo algunas líneas del diario y paseo un rato por Roncesvalles y decido, finalmente, que asistiré a la misa del peregrino como me aconsejó Pedro V.

En un bar que hay junto al albergue como una ensalada con foiegras y una macedonia de frutas por 20 euros. Algo caro, la verdad.

Hay gente de muchas partes del mundo: todos con sus botas de último modelo, teléfonos móviles y mochilas de diseño. O sea, como yo. La mayoría son extranjeros y parecen jubilados o al menos aparentan tener 65 años o más. Yo debo ser uno de los más jóvenes.

Tras dos horas de espera, ahora son las cuatro, abren el albergue. El ansiado momento de dejar los cachivaches ha llegado; sin embargo, es pronto para cantar victoria. En la entrada nos informan que es necesario sacar la entrada al aposento en otro edificio del Monasterio, junto a la Iglesia, a un centenar de metros del albergue. Soy el primero en ponerme en camino hacia la taquilla, pero al llegar me encuentro que ya hay formada una larga cola para sellar la Compostela y para reservar en el albergue. Primera novatada. Por un instante estoy tentado de irme a la posada privada. No aguanto las colas.

Aguardo durante unos 40 minutos, mientras la gente avanza lentamente. Debo acostumbrarme a tener paciencia y a ahorrar: 60 euros frente a los 6 del albergue es mucha diferencia.

Con mi entrada en la mano, por fin, y mi acreditación debidamente sellada, vuelvo al albergue. En la entrada, dos tipos que apenas hablan español, me obligan a descalzarme; luego, uno de ellos me acomoda en una litera inferior, cosa que agradezco.

Dejo la mochila, me lavo los dientes en los servicios (ubicados en el piso inferior, justo debajo de donde estábamos) y vuelvo a calzarme las botas para salir.

Había planificado ir al museo, al claustro y visitar la Iglesia de Santa María de Santiago, así como el llamado Sitio de Carlomagno. Así lo hago y en la taquilla general me cobran por todo el recorrido 4 euros, y encima la visita es guiada.

Del Claustro lo que más me interesó fue la Sala Capitular en la que sobresale una estatua yacente del rey Sancho el Fuerte. Tenía las piernas cruzadas, del mismo modo que otras 8 esculturas repartidas por toda España; era, pues, un cruzado.

La escultura tenía 2,10 metros de largo que es lo que dicen medía este sujeto. Su tibia, único hueso encontrado en su sepultura, alcanza los 60 centímetros.

Sancho el Fuerte es famoso por su participación en la batalla de Tolosa, en julio de 1212, en la que venció a los moros. De ella se trajo las famosas cadenas que hoy adornan el escudo de Navarra y que se pueden contemplar en una capilla de esa misma Sala Capitular.

La guía electrónica que llevaba explicó luego que la batalla de Roncesvalles tuvo lugar por una collada en estos parajes allá por el año 778. Carlomagno había sido llamado por el valí de Barcelona, Sulayman Kelbi ben Yakthan Al Arabi, que defendía la causa abasida del también valí de Zaragoza Husayn ben Yahya Al Abdari, sublevado contra el omeya emir de Córdoba Abderraman.

Sulayman, al parecer, había ofrecido a Carlomagno, a cambio de su apoyo, su sumisión y la de las ciudades y territorios que gobernaba (Barcelona y Gerona) y las de Zaragoza y Huesca. Esta promesa hecha en nombre del valí de Zaragoza sería luego, como veremos, rechazada por éste lo que ocasionó el enfado del rey carolingio.

Según los anales, Carlomagno estaba ese año preparándose para la campaña en Poitiers. La expedición la componían numerosos condes, otros nobles servidores y clérigos con sus correspondientes mesnadas. Carlomagno escribió al Papa Adriano para darle cuenta de los motivos de una expedición que el mundo cristiano no acababa de entender. Aquella carta no ha llegado a nosotros, pero sí la respuesta del Pontífice. De ella deducimos que las intenciones de Carlomagno eran políticas y de seguridad de sus fronteras, y no religiosas. De hecho los cristianos de aquella zona no eran perseguidos, sino que habían sido asimilados. Sin embargo, otros anales hablan de las intenciones libertadoras de Carlomagno hacia los cristianos, subyugados por los infieles. Sea como fuere, no hay que dudar de las ansias expansionistas de este rey cruel y ambicioso.

El ejército concentrado por Carlomagno debía estar integrado por unos 15.000 soldados, una fuerza muy numerosa, ya que en aquella época los ejércitos eran a menudo de un centenar de hombres.

La columna de Carlomagno cruzó los Pirineos en mayo por el llamado paso de Ibañeta donde al parecer los jefes vascones de los valles del Arga, Zubiri y de Ulzama le eran leales si bien poco fiables como luego se demostrará por el ataque sorpresa que sufrió. Tras cruzar los Pirineos siguió a Pamplona, gobernada, probablemente en aquella fecha de 778, por un valí musulmán.

En Junio, las tropas se dirigieron a Zaragoza y de camino se les unió el valí de Huesca, también implicado en la rebelión contra los Omeyas.

Los intereses de Carlomagno eran no solo hacerse con Zaragoza sino continuar después a Tortosa para establecer una marca en la margen izquierda del Ebro.

Al llegar a Zaragoza, el emperador se encontró con una sorpresa. El valí no le abrió las puertas. Sulayman le había prometido más de lo que podía cumplir. Estaba ahora claro que o bien Husayn no había participado de aquella decisión de pedir ayuda a los francos o las promesas que fueron hechas en su nombre no llegaban tan lejos como para entregar la ciudad o simplemente que el valí cesaraugustano había cambiado de opinión.

Sulayman y Abu Taur intentó en vano convencer a Husayn quien se sentía fuerte en su plaza inexpugnable. Ante aquella afrenta, Carlomagno decidió utilizar las armas y Huseyn resistió. Durante los comienzos del sitio, el emperador recibió la noticia de un alzamiento de los Sajones en el norte. Como la toma de Zaragoza no parecía cuestión de días, Carlomagno apurado por aquella inesperada noticia levantó el sitio y regresó por donde había venido. Sulayman al Arabbi quedó como rehén del franco en agosto de 778.

El regreso, al parecer, fue triunfal aunque realmente no había para tal. Además, según algunos cronistas hubo algunos golpes de mano de musulmanes contra la retaguardia franca al pasar el Ebro camino de la baja Navarra. Los hijos de Sulayman aprovecharon el momento para liberar a su padre, regresar a Zaragoza y reconciliarse con Husayn para continuar con su lucha contra los omeyas cordobeses.

Los vascones Pamploneses también eran hostiles a los francos. Carlomagno, para que sus murallas no cayeran en manos rebeldes, mandó destruirlas hasta su base. En los llamados Annales reales o Laurissenses aparece por primera vez el nombre de navarros, probablemente derivado de la fortaleza de Navardum, es decir, los vascones que ocupaban el norte y este de Pamplona y que no obedecían al emir.

Si Carlomagno decidió destruir las murallas de Pamplona debió ser porque deseaba evitar que tanto rebeldes vascones como musulmanes las utilizaran contra sus tropas en la retirada.

Y llegaron a Roncesvalles, donde el Prefecto de la Marca de Bretaña, Roldán, quedó apostado hasta cubrir el paso del grueso de las tropas. Allí, en el alto de Valcarlos en el collado de Ibañeta, los vascones le cortaron el paso y le infringieron severa derrota.

El primer poema épico, la llamada Canción de Roldán, fue escrito más de dos siglos después de aquellos acontecimientos, al parecer, por un monje llamado Tuoldus. La copia más antigua que se conoce y la única íntegra, datada entre 1080 y 1110, figura en un manuscrito anexo a una traducción latina de Platón, catalogado como "Digby 23" y que se guarda en la Bodleian Library de la ciudad inglesa de Oxford, donde la descubrió en 1837 un anticuario francés llamado Francisque Michel. El nombre de Tuoldus aparece en el último y enigmático verso 4002: "*Ci falt la geste que Tuoldus declinet*", cuya traducción más razonable sería: "*Esta es la gesta que Tuoldus aproxima a su fin*", lo que no quita que haya sido objeto de debate por la ambigüedad del tiempo verbal "declinet". Mientras unos se muestran convencidos de que Tuoldus era la persona que puso la historia en verso, otros creen que fue simplemente su traductor o el copista que lamentaba no haberla escrito. No faltaron los que de modo un tanto insólito sostuvieron que aun siendo el autor, daba a entender que interrumpía el relato en el verso 4002 por incapacidad para proseguir.

El poema de 4002 versos, es una recreación de los hechos históricos, con escenas, personajes y situaciones que reflejan el afán moralizador de la época y la exageración propia del paso del tiempo. Lo que se escribió en el siglo XI era muy distinto de lo que narran las crónicas y los anales del siglo IX que se nutrieron de las confesiones de los supervivientes de la emboscada.

En la crónica de Eginhard se dice que en el combate "*murieron entre otros muchos Eggihard, mayordomo de la mesa real, Anshelm, conde palacio y Roldán, prefecto de la marca de Bretaña*". En la Biblioteca Nacional de París se encontró un manuscrito en el que figuraba un epitafio de uno de los tres fallecidos en Roncesvalles, Ekkehart, senescal del rey que decía: "*Obiit die XVIII kalendas septembris*", que por la numeración romana corresponde al dieciocho día antes del 1 de septiembre, es decir, al 15 de agosto del 778, sábado.

Nadie halló el cadáver de Roldán. Los vascones estaban esperando el paso de las tropas francas desde hace varios días, puede que semanas. El ataque se desencadenó sobre el punto más débil de la retaguardia, aprovechando la estrechez del camino, los bosques y la niebla. Los Annales Regios hasta 829, escritos a los 50 años de los hechos, anotaron: "*Habiendo decidido volverse (Carlomagno a Francia), superado en la región de los vascones el yugo del Pirineo, se adentró en los bosques del Pirineo, desde cuyas cimas los vascones habían tendido la emboscada. Al atacar a la retaguardia, se extiende el tumulto por todo el ejército, y aunque los*

francos eran superiores a los vascones, tanto en armamento como en valor, lo escarpado del terreno y la diferencia en el modo de combatir los hizo inferiores." Eginhard hacia el 830 decía lo mismo: *"Trabada la batalla con ellos, los forzaron a descender a lo más hondo del valle, donde los mataron a todos sin escapar ninguno, cuando marchaban en columna alargada, como exigía la angostura de los pasos"*. El llamado Astrónomo Lemosín, biógrafo de Ludovico Pío, que ya se alejaba 60 años de los hechos, recalcó sin embargo el ámbito pirenaico de *"tenebrosos y oscuras selvas, estrechas vías y senderos que entorpecen el paso de un gran ejército."* Más lejana todavía era la crónica-resumen del Poeta Sajón, escrita casi un siglo después a modo de resumen, entre los años 883 y 891: *"Habiendo penetrado (el rey) a su regreso en la profunda hondonada del Pirineo, cuando el ejército cansado atravesaba por los estrechos senderos, los vascones osaron poner asechanzas bajo el sumo vértice del monte."*

Carlomagno, cuando se desarrollaban los sucesos comentados anteriormente, se encontraba adelantado, a unos 25 kilómetros de Ibañeta. Los vascones, por tanto, tuvieron que huir rápido, dejando supervivientes que pronto alcanzaron el campamento del rey al que contaron lo sucedido. Las historias no tardaron en propagarse por pueblos y condados hasta llegar a oídos de juglares y monasterios. Fue en Normandía, donde más se escuchó esta historia, y pudo ser allí donde surgiera la Chanson de Roland. Lo curioso del caso es que ni vascones, ni navarros ni pamploneses contaran estos hechos ni los transmitieran y ,cuando llegó a sus oídos la gesta, la situación y sus protagonistas habían cambiado por capricho de los años transcurridos. Roldán sobrevivió: Su nombre se conoció con distintas grafías, aunque el genuino debió de ser Hruodlandus, del cual procedieron los demás: Rodlane en la "Nota Emilianense", Rolant entonado por Taillefer en Hastings, Rollant en la propia "Chanson de Roland" y Rotolandus en la Crónica Turpini" y el "Liber Peregrinationis". Todo lo que se sabe de él es que Carlomagno lo había nombrado Prefecto de la Marca de Bretaña. (Prefet de la Marche de Bretagne. Margrave of the Breton march. Hruodlandus, Britannici Limitis Praefectus).

De Roncesvalles y de Roldán se conoció en el monasterio de San Millán de la Cogolla lo que quedó plasmado en la llamada *Nota Emilianense*, fechada entre 1065 y 1075 por su descubridor Dámaso Alonso. Al parecer, aquellos monjes fueron los primeros en tener conocimiento del descalabro de la retaguardia carolingia que mandaba Roldán, gracias al propio Tuoldus que pasó por la ruta jacobea para documentarse sobre el terreno acerca de la gran batalla. En San Millán puso al corriente a los monjes acerca de los hechos de Roncesvalles. Tuoldus apenas esbozaría un sucinto resumen, el que habría de incluir en tosco latín en un folio en blanco de un manuscrito, exhumado en 1950 por el ilustre filólogo y poeta madrileño Dámaso Alonso y que denominó *Nota Emilianense*:

*"At ubi exercitus portum de Sicera transiret,
in Rozaballes a gentibus Sarrazenorum fut Rodlane occiso".
(Mientras el ejército atravesaba el puerto de Sicera,
en Rozaballes los sarracenos acababan con Roldán)*

Las fronteras entre Francia y España en esta zona no estuvieron verdaderamente delimitadas hasta el Tratado de Bayona de 1852. Precisamente para evitar que los franceses se hiciesen con esta zona, el gobierno español eximió de la desamortización a Roncesvalles permitiendo a la Iglesia mantener sus dominios evitando así problemas. Aún hoy, esta parte de 17 kilómetros cuadrados pertenece a la Diócesis de Pamplona y quienes viven en ella no poseen la propiedad sino que son arrendatarios del obispado.

Sabemos que el Camino tuvo un auge fantástico en torno a los siglos XI y XII debido a la necesidad urgente de repoblación que tenían los reinos cristianos. Por el Camino vinieron del norte y centro de Europa gentes de todo tipo, cristianos, judíos, ateos, etc. que se aposentaron en Pamplona, Tafalla, Estella y Logroño. Sin embargo, con la Contraferrofarma, el Camino dejó de atraer a aquellos visitantes tan poco queridos por la Inquisición.

De regreso al albergue, extendí el saco de dormir (mejor debería decir saco de acostarse, porque lo de dormir fue escaso, como luego contaré), y me fui a dar un paseo por los alrededores. Acabé en la Iglesia donde comenzaba el rosario. Como estaba cansado (no sabía aún lo que era estar agotado) me senté y acompañé al sacerdote y a la única feligresa que rezaba. Todavía me acordaba de recitar las salves y los glorias; no así de los “padrenuestros” que tienen un texto algo distinto del que aprendí en la escuela. Sin embargo, la práctica del rezo del Rosario era la misma: no dejar que el interpelante acabe la primera parte de la oración; aquella señora parecía tener prisa. La Letanía, sin embargo, me pareció más corta. En la invocación de las últimas vírgenes, la Iglesia casi se había llenado.

La misa no me pareció singular, excepto por el rezo de unos oratorios a tres voces: las de los tres canónigos que la cantaron.

A la comunión parecieron acudir todos los peregrinos que ordenadamente tomaron la ostia consagrada. Luego vino la bendición en varios idiomas; la plegaria impartida en español fue emotiva y dicha con unas bellas palabras por el celebrante.

Terminado el oficio, me fui a cenar. Había escogido equivocadamente el turno de las 9 sin saber, entonces, que el albergue cerraba a las 10, sin apenas tiempo para hacer la digestión. Me sentaron con siete franceses, dos italianos y una estadounidense del estado de Washington que llegó la última. Se llamaba Margarita y hablaba algo de español. Ahora tiene 58 años, según me dijo, y hacía 3 que había hecho el Camino en bicicleta. También hablé con los italianos gracias a mi buen dominio del idioma.

La camarera nos advirtió que el albergue cerraba a las diez, así que acabamos la conversación y nos fuimos al barracón. Apenas me dio tiempo para desnudarme y acostarme. A la hora en punto apagaron todas las luces.

Zubiri, 22 de mayo de 2008

Llegué a Zubiri tras la primera jornada a pié. Estaba cansado, molido; había recorrido 22 kilómetros, demasiados para el primer día. Debí detenerme antes y hacer la etapa más corta. Un esfuerzo que voy a pagar.

A las 5,40 de la madrugada comienzo a escucharse en el albergue una música gregoriana. Pero ¡coño!, ¡no habían dicho que la diana sería a las 6,00! No es que me importe demasiado: he estado despierto toda la noche. No he pegado ojo.

Tras unos minutos para planificar las acciones, me levanté de la cama. Igual pensamiento debió tener mi vecino de enfrente que también se incorporó al mismo tiempo; uno frente al otro nos intercambiamos los alientos matutinos. A decir verdad, el suyo olía peor

El concierto de trompa y oboe en do mayor con que nos obsequiaron algunos compañeros de albergue no me dejó dormir. Es verdad que el concierto tenía sus partes de “piano” pero la mayor parte eran “fortes” y, sobre todo, “molto vivace”

Gracias a la música de mi mp3 y a la amortiguación de las plumas de los sacos de dormir de los músicos peregrinos, algunos instrumentos de viento apenas pude escucharlos; pero sonar, sonaron, y oler también. Es lo que tienen estos conciertos jacobeos, que se “disfrutan” también con el sentido del olfato.

La noche transcurrió con algún duermevela breve, interrumpido por las necesidades prostáticas de algunos que se levantaron para evacuar haciendo todo el ruido del mundo, tosiendo, tropezando con los macutos vecinos o iluminando con sus linternas adosadas a la cabeza. Al concierto, hube de añadir la luz perpetua de un farol que a pesar de su tulipa, alumbraba como la lámpara del acusado.

El barracón acogía a 118 peregrinos, pegados unos a otros como es menester en los refugios para desamparados. A mi lado, es decir, junto a mi camastro, durmió una nórdica que así dicho suena alentador, sino fuera porque la mujer tenía 60 años; afortunadamente se dedicó a dormir. Roncaba piano, con una acompañada cadencia, como las olas del mar.

Cuando sonó el gregoriano y las luces se encendieron, bajé a los lavabos donde ya había cola. Las duchas, sin embargo, estaban vacías porque todas las guías aconsejan no ducharse por la mañana para evitar las ampollas en los pies reblandecidos; opté por un rápido remojón: el agua estaba caliente pero el habitáculo era incómodo y con una sola percha en la que apenas pude poner el chándal y la toalla. Tras secarme de aquellas maneras, me vestí como pude junto a mi cama. El del aliento ocupaba prácticamente todo el pasillo libre entre ambas literas y mi vecina de arriba también luchaba por un hueco. En fin, todo muy divertido de no ser porque eran las 6,30 de la mañana y aquel canto de gregoriano a la “nouvelle cousine” ya se estaba poniendo cargante.

Allí no había trazas de desayuno así que opté por salir del barracón y dejar las apetitosas tostadas con café para luego. Un “luego” que iba a convertirse en un “muy tarde”.

Eran las 6,45 cuando comencé la caminata. Era el primer paso de un largo camino. A los pocos metros, volví a pararme en un banco para intentar ordenar un poco mi mochila en la que por mor de lo estrecho del albergue, tuve que meter las cosas de cualquier manera.

Pedí a un caminante que me hicieran una foto junto a la señal indicadora de “A Compostela, 790 kilómetros”.

Y comencé a caminar el camino.

Los primeros metros fueron para acomodar el peso y la andadura. Se sobrellevan. Me refiero a los 50 o 100 metros iniciales. Pero luego, ¡coño!... hasta que se calientan las piernas. Me adelantaba todo el mundo; parecían propelidos. Mi única hazaña fue adelantar a una japonesita.

Hay que tener en cuenta que a pesar de las reiteradas recomendaciones que se me hicieron, no había entrenado.

El espectáculo era sorprendente, sobrecogedor. El sol no había salido y la cerrada espesura del bosque oscurecía aún más el amanecer. Llegué a un bosque de hayas y robles y aquello parecía la guarida del lobo feroz: miles y miles de árboles impedían ver el cielo y apenas dejaban entrar la escasa y gris luz de aquella mañana encapotada.

Soy incapaz de describir aquel paisaje; ni siquiera las fotografías hacen justicia a la realidad y logran captar tanta belleza. La Naturaleza había estallado con toda su energía y mi ojo de hormigón y asfalto no se cansaba de contemplarla.

En un alto en el camino me dediqué a recoger una decena de hojas de árboles que guarde en la solapa del diario de mano. Eran todas de diferentes colores y formas; y aún pude haber coleccionado más de no ser por el temor a quedarme el último en la caminata.

Ni un solo color verde parecía repetirse. El terreno estaba blando por las intensas lluvias de la primavera. Algunas raíces sobresalían como las venas en el torso de la mano. Pisar sobre ellas era peligroso porque el zapato podía esbarar. Algunos árboles jóvenes habían nacido en medio del camino y allí se empeñan en crecer desafiando las suelas de los peregrinos. En las laderas de los senderos, las raíces más gruesas sobresalían de los terraplenes; los árboles se sujetaban aún más hondos y milagrosamente aguantaban. Iba andando sobre un camino horizontal que había roto la pendiente de la ladera de la montaña. Pájaros invisibles cantaban sin cesar; distinguía a los mirlos pero no los veía. Son tantos y tan variados los sonidos que solo un verdadero experto podría identificarlos.

Había momentos, muchos, en que iba caminando solo. Nadie delante, nadie detrás. La soledad es dual: sobrecoge y al mismo tiempo entusiasma. Esa canción que por alguna razón había tarareado por la mañana, se repetía como una monserga en mi cerebro hasta el hastío. Intentaba otra, pero era imposible.

En algunos repechos, las piernas flojeaban y los muslos fallaban por lo que tenía que caminar más despacio y tomar fuelle.

La mochila, mal colocada y llena de cosas inútiles, empezaba a pesar y los tirantes a molestar en los hombros. La llevaba mal ajustada y no sabía cómo ponerla. El cuello se me entumeció y mi pensamiento voló hacia Málaga y sus masajes reconfortantes. No sería mala idea montar un puesto de masajista por aquellos pagos.

Veía a señoras de 60 años caminando solas. Tenían el pelo cano y corto, como lo usan las inglesas. Iban pasito a pasito apoyándose en un par de bastones. Cuando lograba pasarlas, las saludaba con un “buen camino” que a duras penas comprendían y que se esforzaban en contestar.

Cuando veía algo interesante me paraba a fotografiarlo, pero también llevaba mal ajustada la funda de la máquina al cinto y me costaba sacarla. Creo que todo lo llevaba mal puesto; “cuando me detenga lo reubicaré adecuadamente” pensaba.

Aún no había desayunado y mis fuerzas estaban al límite. Había pasado dos pueblos (Burguete y Aurizberri). En el primero no había ningún bar abierto. En el segundo, la única cafetería había sido tomada al asalto por un batallón de “giris”. Mejor seguir. Pero, al cabo de unos minutos de marcha lamenté sinceramente no haber esperado la cola. Y encima, tocaba una subida pronunciada: creía que no iba a ser capaz de culminarla. Soy un gilipollas, me decía, y me culpaba por no haber sido un poco más previsor. Encima no había comprado dulces, ni agua y sólo llevaba media botella de Gatorade que sin duda se agotaría sin dejar de ser yo un perfecto imbécil.

Cayeron unas gotas y volví a pensar lo mal que llevaba colocadas las cosas en el morral. El chubasquero lo llevaba en el fondo; estaba sudando a chorros porque en el último repecho, una larga y empinada subida, no había tenido la precaución de quitarme el forro polar.

En la cima me detuve, quitándome la camisa y secándome el sudor con la toalla aún húmeda de la ducha de la mañana. Más que secar enfriaba. ¡Joder, qué panorama!

Llegué, finalmente a Bizcarreta y decidí pararme a desayunar hubiese o no cola. Pedí en el único bar que había, donde esperaban a ser atendidos 5 personas, un bocadillo de totilla francesa, un zumo de naranja embotellado y un café. ¡Qué rico! La madre y su hija que servían la barra no se reían ni con un chiste ¡vaya caras a pesar del negocio que estaban haciendo ese día!

Me senté en una mesa, solo, dentro del bar, mientras que la mayoría de los peregrinos habían ocupado las mesas de la terraza. Aún me tomé otro café para espabilarme. Me encontraba bien y con fuerzas.

En un retrete diminuto y no muy limpio, hice mis necesidades, con calma, mientras alguien aporreaba una y otra vez la puerta. Al salir, una japonesita me brindó una sonrisa de agradecimiento. Mejor hubiese sido que esperase un poco antes de entrar.

En un rincón de la plaza del pueblo, junto al inevitable frontón, me paré un bien rato para ordenar la mochila. Vino un perro para olisquear y le di una de esas barritas alimenticias regalo de la casa donde compré un ahuyenta perros. Parece que le supo rica y allí se entretuvo mientras daba cuenta del alimento que parecía estar algo duro. Aproveché aquel ratito para probar el chisme. Cuando apreté el botón el chucho levantó la cabeza, extrañado, y se fue a paso ligero, molesto. El aparato parecía funcionar, aunque una segunda intentona con otro can que también se acercó, falló. El perro debía estar sordo, así que, decepcionado, guardé el artilugio.

Más que ordenar la mochila lo que hice fue recolocar las cosas lo que aún produjo más sensación de caos. Ahora no encuentro nada.

El tiempo era estupendo en este primer día: ausencia de sol y de lluvia.

Al cabo de una hora y cuarto aproximadamente abandoné el pueblo. Aún me detuve un instante a la salida para fotografiarme junto al cementerio y antes de entrar en un robledal.

Aún tenía por delante el reto de culminar el alto de Erro, que no era moco de pavo. ¡Qué subida! Tras pasar Lintzoain donde fotografié una pared moteada con hermosos tiestos, un frontón y un balcón corrido con la ropa tendida, comenzó una empinada cuesta, qué digo empinada, empinadísima. Aquello era casi vertical. El suelo estaba pavimentado y no sé si eso ayudaba o entorpecía. Sudando como un pollo y sin aire en los músculos de las piernas, culminé el puerto. No iba a ser el último esfuerzo; aún tuve que sortear una serie de toboganes y luego un último repecho antes de llegar a cruce del camino con la carretera nacional. Había culminado Erro.

Allí me entretuve unos minutos que aproveché para beber agua con azúcar y descansar. Hice algunos estiramientos que no sirvieron de mucho.

Me esperaba un altiplano muy, muy largo de unos 6 kilómetros que atravesé desproticando. Ya estaba cansado realmente y Zubiri parecía inalcanzable.

Finalmente vino el descenso al pueblo. Un descenso sin fin que acabó por romperme las piernas. El suelo era muy pedregoso. Definitivamente aquel día iba a ser demoledor.

No encontré a casi nadie por el camino. Adelanté, -¡adelanté! - a una pareja de norteamericanos bicentenarios, y al cabo de unos cuantos minutos pude ver las primeras casas del pueblo. Eran la una y media de la tarde.

Tras doblar el primer caserón apareció el puente medieval, llamado de La Rabia al que, según la leyenda, llevaban para curar a los animales que padecían del mal.

Poco antes del puente dos señales contradictorias; una hacia el interior del pueblo, la otra señalando a la izquierda. Un grupo de 6 personas discutían sobre la correcta dirección. El más listo nos sacó de dudas: la flecha de la izquierda conduciría a Larrasoaña; la otra al interior de Zubiri.

En el primer albergue, una monada, no encontré habitación. Me indicaron un segundo albergue a varios cientos de metros de allí (un centenar de metros en aquellas condiciones era un largo trecho). Llegué al albergue municipal de peregrinos en el que no me quedé: necesitaba descansar, cargar el móvil y el gps y no escuchar, aunque fuese por una noche, el concierto de trompa y oboe.

Me recomendaron una pensión a la que dirigí mis pasos, desandando las decenas de metros; no era mi día de suerte, estaba completo. Finalmente, no lejos de allí, encontré una pensión. Me abrió la puerta el que parecía el marido:

-María ¿hay habitaciones?

-Sí

El hombre me ordenó subir con él las escaleras. Aquella pensión parecía estar en el cielo. Llegamos al quinto piso, él con la llave en la mano, yo con la mochila.

La pensión era un piso acondicionado para albergar a viajeros. El salón se había convertido en un dormitorio y la cocina, amplia y limpia, hacía las veces de lavadero y cuarto de estar con una mesa en el centro y una televisión pequeña sobre un aparador. Mi habitación era pequeña pero estaba limpia y daba al campo.

Lo primero que hice fue ducharme en el único cuarto de baño para compartir, lavar la camisa, los calcetines y los calzoncillos. Luego me tendí dentro de la cama, pero no pude dormir. Enseguida llegaron los compañeros de piso a quienes gustaban especialmente los portazos.

Escuché un poco de música y al cabo de un par de horas decidí salir a dar un paseo. Craso error porque estaba hecho polvo y me dolían pies y tobillos. Además, el pueblo no tenía mucho que ver; realmente lo único destacable era su puente medieval.

En una tienda de alimentación compré algunos dulces de chocolate para el día siguiente.

Volví agotado a mi cuarto para descansar otro rato. Debían ser las 5 de la tarde y aún quedaban unas horas para la cena. Aproveché un rato para escribir estas líneas en la mesa de la cocina, mientras otros peregrinos hacían la colada.

A las ocho de la noche bajé a la cafetería cercana donde me tomé un puré de verduras y unos filetes de carne asada, con un postre, al precio de 9 euros. Y a la cama.

Cuando subí aquellas interminables escaleras al gallinero de mi pensión, escuché la juerga que se traían los del tercero A. La música, mejor dicho, el bum, bum de los bajos, llegaba hasta mi cuarto. Definitivamente, Orfeo me perseguía.

Pamplona, 23 de mayo de 2008

Estaba ya en Pamplona e iba a cenar Eran las 9,15 de la noche y ya tenía hambre. Me había pasado la tarde descansando, sobre todo en la plaza del Castillo donde pegué la hebra con un jacitano que llevaba 50 años en Pamplona. Hablamos del tiempo, de cosechas...

En Zubiri tampoco dormí bien pero sí lo suficiente para amanecer descansado a eso de las 6,30 de la mañana. Llovía a cántaros. Me lavé la cara y bajé a desayunar al bar. Allí estaban casi todos mis compañeros de peregrinación; las camareras no daban abasto. Conseguí, sin esperar mucho tiempo, un hueco en la barra y que me atendieran enseguida. Pedí café con pan tostado con aceite. Lo del tueste no existía a aquellas horas. También pedí un bocadillo de tortilla, que tuvo que ser de patatas del día anterior.

Subí otra vez más allá de las nubes donde estaba mi cama e hice el petate. Seguía lloviendo y me puse el impermeable. Eran las ocho de la mañana.

Me dolían las piernas y la cintura y la espalda. Y aún no había comenzado la que iba a ser una de las etapas más duras de las dos que llevaba.

Al poco tiempo, los músculos se calentaron y a pesar de la lluvia estaba contento. No había nadie en el camino. Éste era estrecho y estaba lleno de barro. No cesaba de llover. El chubasquero y el impermeable impedían la transpiración. Me estaba calando por dentro y por fuera. Pasé junto a la fábrica de magnesita de Zubiri. El ruido de turbinas y hornos era insoportable. El paisaje, soberbio y con lluvia sobrecogedor.

Conseguí acercarme a una pareja de peregrinos que iba más despacio. Tras dejar atrás la fábrica, la lluvia cesó y me quité el impermeable aunque mantuve el chubasquero. El sudor me había empapado la camisa.

Caminé un buen rato junto al río Agra, que iba caudaloso, disfrutando del barro, de las ramas de los árboles que golpeaban la mochila y del rugido de camiones y coches que circulaban por la autopista cercana.

Por fin salió el sol un rato y con él llegué a Zuriain. Eran las 10 de la mañana.

Al pueblecito se llega atravesando un puente medieval sobre el Arga. Allí varios caminantes habían hecho un alto para secarse, comer un poco y descalzarse. En un banquito de madera dejé la mochila, me quité la camisa que puse a secar en una rama, saqué la toalla del fondo del macuto (la organización de las cosas seguía siendo, sin duda, deficiente) y desenvolví el bocadillo de tortilla del que di buena cuenta. A mi alrededor estaban todas mis pertenencias. Cuando acabase con el bocata las volvería a colocar, esta vez bien. Con el torso desnudo, estuve tranquilo tomando el sol hasta que acabé el almuerzo. Al poco apareció un perro juguetón que olfateaba la mochila babeando sobre ella. Intenté espantarlo, pero no hacía caso. Iba y venía, olía y se alejaba. En una de aquellas huidas observé que llevaba algo agarrado entre los dientes. El muy cabrón me había robado el papel higiénico con el que jugaba como si fuera una pelota. El rollo se estaba deshaciendo y el extremo volaba sobre el

campo. La estampa me recordaba al perrito del anuncio; claro que mi chucho era más feo y grande y mi papel higiénico estaba arrugado. Cuando, al fin, salió el dueño, un labriego mayor y sordo, el perrito ya había ensuciado lo que quedaba de rollo, aunque el hombre tras recuperarlo me lo entregó disculpándose.

Una vez más coloqué de otra manera las cosas en la mochila y me despedí de aquel pueblo. Eran las 11 de la mañana. Comenzaba el tramo final, que iba a ser uno de los peores, sin duda.

En Irotz se bifurca el camino. Yo elegí el “oficial” que estaba embarrado. Las botas se pegaban al suelo que las agarraba por la suela. Al levantarlas, llevaban adheridos un par de kilos de barro cada una, con lo que el esfuerzo al caminar era doble. En cada paso, se perdía el equilibrio porque no era la suela quien apoyaba sino el pastiche. Para llegar a ese camino es preciso atravesar un precioso puente de 5 ojos sobre el río Ulzama. Allí me saqué algunas fotos.

El tiempo amenazaba lluvia y el sol, débil, se escondía entre los nubarrones.

Al otro lado del puente se encontraba el albergue de peregrinos, inaugurado en el siglo XI. No recuerdo su nombre, pero me detuve a descansar media hora. Volví a emprender el camino y ese fue mi gran error. El cansancio acumulado, sin entrenamiento, había hecho cruzar la línea roja del esfuerzo y, como consecuencia, el tramo final a Burlada y luego Pamplona iba a ser bestial.

Pasado el albergue, comienza una larguísima calle que primero cruza Villaba o Trinidad de Arre y luego Burlada. Es kilómetro y medio aproximadamente caminando por una calle semi peatona. En Burlada, el peregrino camina ante la indiferencia y desprecio de sus habitantes, como ocurre en todas las travesías a las grandes ciudades.

Pasado Burlada las señales indicadoras del camino no existen. Una larga carretera –la antigua a Pamplona- conduce al caminante a la capital navarra en medio de un paisaje deprimente. No hay arcones y los coches circulan a gran velocidad muy cerca del peatón. El aire que despiden enfría el sudor del caminante.

Transcurrido varios centenares de metros, que se me hicieron interminables, pude divisar las torres de la catedral. Parecía, solo parecía, estar cerca de la meta.

Atravesé el puente de la Magdalena a duras penas y con mucho esfuerzo. La escasez de señales hizo que equivocara el camino y que diera un gran rodeo por el barrio de la Rochapea. Gracias a que un joven me puso en la dirección correcta.

Cansado, enfadado, arrastrando los pies deshice lo andado y llegué a la llamada Puerta de Francia a la que se accede tras una empinada cuesta. La calle estaba desierta y el cielo encapotado. Tenía prisa por llegar a la posada, ducharme y descansar si era posible con tanto cansancio.

Subí por la calle del Carmen, antes llamada adecuadamente de los Peregrinos (¿por qué esa costumbre de cambiar los nombres?) y me di de bruces con la catedral. ¡Qué fachada tan poco agraciada! De estilo neoclásico, fue diseñada por Ventura Rodríguez.

Bajé, luego, por la calle Curia que desemboca en Mercaderes. Allí tuve que preguntar por la calle Nueva donde estaba la posada. Enseguida di con el número 33. La posadera, enfrascada en una conversación interminable con un huésped, me enseñó al fin, la única habitación que estaba libre. El cuarto no tendría más de metro y medio de ancho por dos de largo, una ventana estrecha y con barrotes al fondo, un armario de madera contrachapada con espejo, una mesilla a juego con hueco para el orinal y una cama que no llegaba a la anchura de las de matrimonio pero excedía de las individuales. En aquel reducido espacio quien parecía sobrar éramos realmente mi mochila y yo.

Me duché rápidamente, lavé cuatro cosas, me vestí el chándal y me metí en la cama. Tanto cansancio me impedía dormir; comí algunos dulces, bebí agua azucarada y sólo así pude pegar el ojo durante una hora.

Algo descansado salí a pasear; me compré, por consejo de ME una pomada con Capseicina para mitigar el dolor del tobillo y me senté en la plaza del Castillo tras dar una vuelta por Mercaderes.

Estuve sentado unas dos horas al cabo de las cuales apenas me podía poner de pie. Busqué un restaurante para cenar, pero no me atrajo ninguno. Finalmente, opté por uno en la calle Mercaderes donde comí un revuelto de setas y un solomillo al roquefort. De postre un zumo natural de naranja y una cuajada con miel. Total 38 euros.

Estaba cansado de paseos y a las diez ya estaba en la posada.

Por la mañana decidí cambiarme al hotel Maissonave que era vecino. El cambio tuvo que esperar porque el día anterior había tendido la ropa lavada en un patio interior que la posadera había cerrado por la noche. Aquella mañana aún seguía clausurado con mi ropa dentro. ¿Qué podía hacer? Era muy temprano y no era cuestión de despertar a nadie; con una percha intenté alcanzar la cuerda, pero nada; también intenté pasar por la ventana de mi cuarto que daba al patio interior, pero las verjas estaban muy sujetas a la pared; podía agarrar las cuerdas desde la ventana, pero el nudo estaba ya junto a la rueda y no corría más. No tuve más remedio que esperar. Me fui a desayunar a la cafetería del hotel un pan tostado con aceite y un café.

Luego confirmé la habitación y volví a la posada. Alguien había abierto el patio, así que cogí la colada, hice el macuto y me marché dejando la llave en la puerta de mi habitación.

En el hotel aún no habían hecho mi futura habitación, así que dejé a buen recaudo la mochila y me fui a pasear por Pamplona. ¡Qué delicia de mañana!

Comencé conociendo la Cuesta de Santo Domingo por la que suben los toros en los encierros de julio. Di un paseo por el nuevo Archivo de Pamplona y recalé, otra vez, en la Catedral; la

fachada seguía siendo horrible pero el interior me gustó por su magnitud. Especialmente el sepulcro de Sancho y Leonor.

Carlos III de Navarra, llamado "**el Noble**" (1361 - 1425), rey de Navarra (1387 - 1425) sucedió a Carlos II el Malo casado con Juana de Valois. Siendo infante, su padre quiso conquistar Logroño pero alertado el rey Enrique II de Castilla, ordenó la invasión de Navarra, obligando a Carlos II a firmar el Tratado de Briones.

El matrimonio de Carlos III con Leonor de Trastámara, hija del rey Enrique II de Castilla, en 1375 puso fin a los conflictos entre ambos reinos y creó una relación de amistad que continuó en tiempos de los reyes de Castilla Juan I y Enrique III.

En un contexto de crisis económica, pacifismo exterior y creciente aristocratización de la sociedad (paralela a la de Aragón), Carlos III procuró la distensión de relaciones con Castilla, Aragón, Francia e Inglaterra mediante una política de colaboración, apoyo al papado de Aviñón y relaciones matrimoniales.

Instituyó el título de Príncipe de Viana (1423) para los herederos al trono del reino navarro, siendo el primero su nieto Carlos.

Destacó como impulsor de las artes, pues concluyó la catedral gótica de Pamplona e hizo edificar los palacios reales de Tafalla y de Olite, donde murió en 1425.

Pamplona fue fundada por Pompeyo Magno en el 74 antes de Cristo. En las excavaciones en la Catedral se han encontrado restos romanos. La actual catedral se levantó sobre la antigua románica que se derrumbó en 1391.

Tras la visita a la Catedral decidí ver el claustro, el refectorio y la capilla de Jesucristo.

Volví al hotel tras tomarme otro cafelito en una de las calles del casco viejo pamplonés. La habitación era recogida, pero limpia, clara y, sobre todo, cómoda.

Lavé los pantalones, la camisa y unos calzoncillos que inmediatamente puse a secar en los lavabos con el secador del pelo que sujeté entre el manubrio y el grifo. A pesar del calor, aún tardó en secarse todo medio día.

Eran las 12 del mediodía y volví a salir a la calle para recorrer la avenida de Carlos III y desembocar en el Corte Inglés donde compré unos borcegués (que no he utilizado) y un impermeable para la mochila (que tampoco). Comí en su cafetería. Por la tarde de ese sábado, las calles estaban desiertas. Vi, bajo un cielo amenazador, el monumento a los Fueros cuyo simbolismo me sigue pareciendo un despropósito en pleno siglo XXI. Frente a la columna está el Banco de España: ¿qué pinta en este territorio foral?

Muy cerca está el sorprendente monumento a El Encierro, una escultura en movimiento del escultor vizcaíno Rafael Huerta.

De vuelta al hotel me sorprendió ¡Dios mío, qué peste! Orfeo. Eran las cuatro de la tarde y el de la habitación de al lado ¡había comenzado a ensayar con el... trombón!; sí, como suena (y

nunca mejor dicho). Tuve que llamar a recepción. Y el concierto cesó. ¿Debería implorar a santa Cecilia? ¡Joder, tengo la suerte de cara!

No salí en toda la tarde, ni tampoco dormí la siesta. Me entretuve leyendo, escribiendo el diario y viendo, ya por la noche, en la tele las votaciones de la canción de eurovisión. Fue un espectáculo entretenido porque (al margen de lo insoportable que fue escuchar al egocéntrico, creído y presumido del presentador) fue curioso comprobar cómo la geopolítica y vecindad influyeron en el resultado final.

Definitivamente me persiguen los ruidos. Tuve que llamar nuevamente a la recepción porque no cesaban los golpes sordos que por cierto continuaron a pesar de la protesta.

Había cenado estupendamente en el restaurante del hotel un cogote de merluza que el maitre me enseñó a diseccionar.

-Mire –me dijo- esto de aquí –y con el tenedor y la paleta iba cortando- es lo que llamamos “carrilleras”, lo más exquisito del pescado.

El cogote era enorme y tuve que dejarme un poco en el plato; un poco de postre y a dormir.

Domingo, 25 de mayo de 2008

Me levanté a las 7,15; recogí el macuto y la ropa “tendida” ya seca y bajé a desayunar a las 8, la hora en que abrían la cafetería. Tenía diarrea, sin duda por el miedo a la etapa de hoy.

Tras abonar los 78 euros de la habitación, reanudé el Camino.

En la salida de Pamplona me volví a equivocar, afortunadamente sin graves consecuencias. Iba despacio, calentando los músculos y temeroso de que me volviera el dolor al tobillo o a la rodilla.

La salida de la ciudad es bonita sobre todo atravesando la que llaman Ciudadela. No había nadie por la calle, tan solo un peregrino a unos doscientos metros por delante que me iba soplando el camino. El sol apuntaba un poco, pero enseguida vinieron las nubes y todo quedó gris y frío. Con la camisa que llevaba no era suficiente para abrigarme, así que paré un instante para ponerme el forro polar. Al pasar por la ciudad universitaria el ánimo se vino abajo. ¡Y acababa de iniciar la etapa! El tobillo izquierdo comenzó a molestar, sobre todo en las zonas llanas y cuesta abajo.

Se me hizo largo llegar a Cizur Menos y sólo son 5 kilómetros desde Pamplona. Caminaba aburrido. La niebla apenas dejaba ver el paisaje y todo era gris y monótono. Ni un alma a la vista. De vez en cuando me adelantaba algún corredor, pero nadie más pasaba.

Tras pasar Cizur, un pueblo sin nada de particular con muchas urbanizaciones a su alrededor, una bajada suave me hizo aminorar la marcha y caminar con cuidado y esfuerzo. No iba a ser mi día.

Enseguida comenzaron los campos interminables de trigo. Aquella estampa me hizo recordar los versos de Virgilio Soria sobre el Pico de Frentes:

*“Caminando rumbo al cielo
Por el mar de las espigas,
De los campos dorados
De los trigos de Castilla”*

Saqué varias fotos de la capital que se veía al fondo, a mi espalda, y de un bellissimo caserío abandonado que parecía un castillo de fantasmas dispuesto a ser engullido por los trigales que lo rodeaban. Hasta el nombre del lugar es bonito: se llama Guendolain.

Solía caminar con la cabeza agachada, mirando la senda que nunca se ha de volver a pisar. Ya no veía babosas, como en la alta Navarra; ahora hay gusanos, muchos gusanos. También el paisaje había cambiado: ya no había bosques ni arboledas, ni ríos que acompañasen con el sonido de sus hojas secas el son del agua cuando el viento sopla; ahora había muchas subidas y bajadas suaves y el terreno se hizo llano aunque, lejanas, la siluetas azules de las montañas que rodeaban el horizonte me decían de donde venía y hacia dónde iba.

Ya creía adivinar el llamado el Alto de El Perdón, envuelto en una espesa bala de algodón. El nombre es jocosos porque aquí el camino nada condona y menos culminar el puerto.

Ya no llevaba el ritmo del primer día; estaba cansado; mejor dicho, no estaba cansado pero el tobillo izquierdo me agotaba. La crema que me había echado me escocía. No había desayunado, salvo el café de las ocho. Eran las once y me detuve un instante para ponerme el jersey. Luego, al cabo de unos metros, tuve que volver a pararme para quitármelo.

Llegué a Zariquiegui un pueblecito con una bella iglesia porticada en la entrada. Detenidos junto a sus paredes, unos cuantos peregrinos descansando. Yo no me detuve.

A la salida del pueblo un hombre me informó de que la mayor dificultad era una breve pendiente, muy pronunciada, con mucho barro. A mi ya las subidas no me asustaban: las tomaba a paso de buey, lenta pero vigorosamente.

¡Ya lo creo que había barro! En la senda recién abierta junto al límite de unos trigales los pies se anclaban como presos del fango. Las botas pesaban más y el equilibrio era difícil de sostener.

Para salir de aquella vereda imposible, abierta hacía unos días por otros peregrinos que trataban de sortear la calzada enfangada, y pasarme a la ruta “oficial” igual de embarrada, tuve que bajar un pequeño desnivel, un terraplén tan resbaloso como el suelo. Me fui a ayudar con el bastón pero aún así preveía caída. Soy como el arrogante del Urribarri que todo

lo acierta. Primero puse el bastón, hincándolo bien en el barro, luego el pié derecho y finalmente el izquierdo; éste, sin embargo, no se sostiene en el lugar elegido y patina; el empuje del cuerpo, que debe seguir ese movimiento para evitar el descoyuntamiento corporal, obliga al avance inestable y el bastón, entonces, se va a hacer puñetas, aterrizando como no podía ser de otra manera con el culo en el terraplén mojado. El pié derecho siguió en su sitio, valiente, forzando aún más la postura. La peor parte, sin embargo, se la llevó la mochila; aún así me hice daño en un dedo. Otra vez estoy en el camino ancho e igual de imposible. Ahora sí que no puedo levantar la vista del camino; a la mierda el paisaje: lo primero es el equilibrio.

Allí a lo lejos (aunque parecen cerca, Sancho) vi los molinos de viento. Eran muchos pero estaban parados; apenas se movía una hoja, tal vez porque en aquel paraje no había, y principalmente porque no había viento. Era un típico paraje de montaña azotada por Eolo, con retamas en flor y con unos colores amarillos entremezclados con algún destello de morado; el continuo paisaje verde ha dejado de aparecer monótono.

La senda, serpenteando por la ladera, se volvió muy estrecha y con barro. Hubo que subir escalones y bajarlos. Un compañero caminante se detuvo delante de mí para dejarme pasar. No llevaba bastón e iba muy despacio. Al poco tiempo escuché un gemido; el peregrino se había caído al resbalar por una bajada. Me acerqué para ayudarlo y le di mi palo para que se valiese de él para levantarse. Tenía 67 años, según me dijo, y hacía verdaderos esfuerzos por enderezarse. Con ayuda del cayado consiguió bajar hasta donde me encontraba. Me explicó que harto de su mujer se había echado al Camino. Parecía tener necesidad de hablar pero yo tenía necesidad de llegar a la cumbre y me despedí de él. Lamento no recordar su nombre. Más adelante, ya en Uterga, volví a tropezarme con él y la verdad, por lo que le escuché hablar con otros, parecía un hombre culto.

A mediodía llegué al Alto de El Perdón. Antes de quitarme la mochila, pedí a un compañero me hiciera un par de fotografías junto a la escultura de los vientos, levantada por la Asociación de Amigos del Camino de Navarra en 1996.

Los pies me escocían a rabiar, así que me descalcé y me quité los calcetines. El frescor del puerto me reconfortó. Un peregrino brasileño me ofreció un dulce que acompañé con un poco de agua azucarada.

Pasado unos pocos minutos, volví a calzarme y a emprender la bajada. Eso iba a ser lo peor. Paso a paso, intenté avanzar, pero al dolor del tobillo se unió ahora el de la rodilla. El camino era un empedrado y cada metro me obligaba a un esfuerzo doloroso. ¿Qué hacer? Pues paciencia, o como dice mi padre aguantamina y pacienciaformo. Apoyándome en la garrocha iba avanzando como podía.

La bajada, llena de cantos y piedras, era larguísima. Resbalaba cada pocos pasos y solo parecía avanzar cuando tropezaba.

Uterga estaba más lejos de lo que parecía. Había zonas llanas donde respiraba y el dolor desaparecía. Por fin llegué a un repecho que agradecí porque en las subidas no hay daño. Y allí,

junto al camino se apareció una Virgen sobre un pedestal. Aproveché la ocasión para hacerme una foto.

La entrada al pueblo era agradable; hacía un día soleado. Un chucho salió a saludarme y como premio le di una barrita que, sin embargo, despreció. Me saqué una foto junto al perro que no quedó mal. Se acercó una anciana y el perrito salió corriendo hacia ella. ¡Claro, llevaba una galleta en la mano! “Siempre llevo una en la faltriquera para dársela”, me dijo.

Quedaba medio kilómetro para el albergue; era domingo y se celebra el Corpus. Los pocos habitantes iban vestidos de fiesta y el bar del ayuntamiento estaba lleno de humo y gente. Por fin, al doblar una curva, ya a la salida del pueblo, llegué a destino. La posada estaba muy arreglada; tenía una terraza con mesas y sillas en la entrada que daba a un bar muy mono con un comedor amplio al fondo, justo en el jardín trasero.

Mi habitación, que pedí individual, tenía dos camas y era muy espaciosa y limpia. Una de las dos hermanas que, junto a la madre, atendía el albergue me condujo hasta allí. Dejé la mochila encima de una cama y, con mucha calma, conseguí desnudarme y, sobre todo, quitarme las botas y los calcetines. Como pude llegué a la ducha: el agua templada me calmó y relajó. Ya seco y con el chándal lavé una camisa y unos calcetines que bajé al tendedero en el jardín. En el restaurante estuve solo con una familia. Pedí una ensalada mixta y unas albóndigas con patatas. ¡Qué bien!

Luego me senté en la terraza, ocupada por bastantes peregrinos de paso, y escribí parte del diario. El sol pegaba con fuerza y hasta tuve calor.

Al cabo de pocos minutos, llegaron la madre con el hijo y el anciano que se había caído subiendo el puerto del Perdón. No me reconoció. Entraron en el bar para pedir acomodo. Casi al instante, el hombre volvió a la terraza con una jarra de cerveza y con ganas de hablar. Enseguida metió baza en la conversación que mantenían tres jóvenes mozas con un chico; sólo éste, más educado, le contestaba.

De repente se levantó un fuerte viento y el cielo se volvió negro. A lo lejos se escucharon los primeros truenos. Miré a la ropa que había tendido y a las nubes y decidí meter el tendedero en el porche. La dueña de la posada iba a hacer lo mismo. Empezó a hacer frío y yo estaba solo con una camiseta. La mujer me dio carrete y me pareció de mala educación interrumpirla en el relato de sus anécdotas sobre las excentricidades de dos peregrinos: una extranjera que viajaba en burro y que al llegar al albergue lo dejó suelto en el jardín donde se comió las flores a pesar de las protestas de las dueñas, y de otro bruto que se fue sin pagar y que fue detenido más adelante por la Guardia Civil.

El hombre charlatán se había metido al bar donde seguía hablando por los codos con el joven amigos de las chicas que, al primer trueno, habían cogido las de Villadiego. Con ellos estaba la madre y su hijo.

Ya estábamos todos los peregrinos en el bar del albergue, unos charlando, otros sentados en la barra bebiendo y yo observando y escribiendo. Había un coreano que no hablaba nada de

inglés intentando pedir algo de comer. La posadera le decía que hasta las siete no abrían la cocina, pero él insistía “ñam, ñam” Eran las seis de la tarde y para calmar la gazuza se tomó una tarta de queso y otra de chocolate, muy apetitosas, por cierto. Una irlandesa de 60 años que iba acompañado por su hija, quería cortar unas tiritas y pedía unas... y hacía un gesto con el dedo índice y medio simulando cortar. “¡Ah, tijeras”, le dijo la posadera; “Yes, yes scissor” , contestaba puntualizando la extranjera, mientras yo sin poder refrenarme añadía: “a ver si aprendemos un poco de español”.

En fin, tertulia amigable y simpática, ambiente agradable, mientras fuera llovía, llovía y los molinos del Perdón, amigo Sancho, comenzaron a girar.

Cené a las 8 de la noche una crema de verduras y un guiso de cordero. Los demás ya estaban cenando así que acabaron antes. Yo pensé que tras la cena habría un poco de tertulia, pero la gente se fue a la cama y yo, tras comer, no hice otra cosa. Me fue a mi habitación, quemé los calcetines, aún húmedos, al ponerlos sobre las bombillas incandescentes de las lámparas y tras zapear con la televisión me dormí.

Lunes, 26 de mayo de 2008

Eran las cuatro de la tarde cuando en Zirauqui comencé a escribir el diario. El albergue de la localidad se llama Maralotx regentado por Ainoa y su marido Josemari. Era pequeño pero agradable y limpio, y estaba situado en una de las plazas del pueblo, frente a una iglesia en la que hay una fuente muy bonita.

Mientras charlaba con Ainoa sobre esto y aquello empezó a llover, que digo a llover, a jarrear.

Salí de Uterga a las 7,45 tras tomarme un café en la máquina del bar. No fue fácil porque el artilugio no daba cambio. En el porche, esperando salir también, estaban la madre con su hijo y el charlatán. Entre todos pudimos reunir lo suficiente para tomar ese cafelito que a mi me espabiló.

El tiempo era bueno, sin sol, encapotado y algo de fresco. En la calle del pueblo, nadie, y tampoco en el camino: estaba solo una vez más. El ruido del viento sobre las hojas de los árboles acentuaba esa sensación de soledad ante un camino que se perdía en la lejanía. Me pareció imposible lo que estaba haciendo.

En uno de los muchos cruces del camino a punto estuve de equivocarme. Tres cuartos de hora después de la salida, con el cielo muy cubierto, llego solo a Muruzábal. La farmacia, en la que esperaba comprar una venda elástica, estaba cerrada, como todo lo demás. El pueblo era mío. Había hecho 2,8 km en tres cuartos de hora; nada mal cuando la media hasta ahora había sido de 2 km a la hora.

A la llegada al pueblo una señal me hizo rodearlo. Estaban poniendo una tubería bajo el camino oficial. Tuve que pasar una urbanización y escuchar a algún perro. Sus ladridos en medio de la nada y sin nadie a mi alrededor parecían más amenazadores.

En Muruzábal tuve que decidir si desviarme del camino unos kilómetros para visitar la ermita de Nuestra Señora de Eunate, un lugar, según dicen, misterioso e iniciático.

Para encontrar la ruta hacia la ermita tuve que preguntar a los únicos habitantes del pueblo que estaban despiertos. Según las pocas señales que me dieron, ese debía ser el camino: comenzó con una bajada muy pronunciada que conducía por un llano eterno. Y nadie a la vista en muchos cientos de metro a la redonda. Parece que estaba solo en el mundo. Yo y el ruido del cayado golpeando en el suelo a cada paso. De vez en cuando echaba la vista atrás: nada. Era sobrecogedor caminar en un día gris, como los cuadros de Claude, solo.

Me dolía el tobillo en el que tuve que ponerme la venda para sujetarlo un poco. Las flechas no estaban en cada cruce lo que aumentaba la duda acerca de la buena dirección. A lo lejos a cientos de metros creí ver una mancha amarilla. Iba bien.

Creí divisar entre una chopera lejana la ermita de Eunate, pero aún quedaba un largo trecho para alcanzarla. A cabo de una hora, tras caminar entre una inmensa llanura de trigales con regadío, llegué a Eunate que en euskera significa "cien puertas". Eran las 9,30 de la mañana.

La cercanía de la iglesia a la carretera a Logroño la ha convertido en un lugar turístico y poco enigmático. Aún así, a esas horas de la mañana y con un día desagradable, el sitio tenía belleza y yo disfrutaba de ella en soledad.

La puerta estaba cerrada y me temí lo peor: haber hecho una larga caminata para no ver la iglesia por dentro. Según el letrero junto a la verja abrían a las 10,30 pero al fijarme más observé que los lunes cerraban. Definitivamente no tenía suerte.

Junto a la ermita había un caserío y un coche de matrícula francesa aparcado. Un hombre salió y me saludó en francés. Caminé rodeando el monumento y saqué algunas fotos. Es octogonal y una arcada también octogonal con algunos fustes y capiteles hermosos lo encierra.

Por el camino que más tarde iba a tomar, vinieron dos japonesas y un tercer peregrino. Pregunté a este último de dónde venía. Es austriaco y había venido a España con el único propósito de ver el interior de la ermita. Para él, como para mí, fue una decepción encontrarla cerrada. Mientras tomaba una chocolatina y bebía un poco de agua, me entretuve mirando un mapa orográfico colocado en un poste informativo. Ya era demasiado tarde y a punto estuve de emprender el camino, cuando observé que el turista austriaco hablaba con el francés. De aquella conversación, que no escuchaba, deduje que éste tenía las llaves de la ermita; corroboró mi presunción el que ambos se dirigieron hacia ella. Sin dudarlo me uní a la pareja. Efectivamente, el gabacho llevaba un manojo de llaves en la mano y con una de ellas abrió la verja y luego la puerta de la iglesia. Gracias a una chocolatina, ¡qué suerte la mía! ¡Y la del austriaco!

El guardián encendió las luces y aún no satisfecho puso música. El lugar nos pareció bellissimo. En uno de aquellos lados del octógono se abría la capilla cerrada por un pequeño ábside. En ella se encontraba una talla de la virgen con el niño que a mí me pareció muy hermosa. El francés me puntualizó que la original fue robada y de ella nunca más se supo; lo que admiraba era una réplica de aquella del siglo XII. Por el lugar pasaban peregrinos del camino aragonés y aquí se detenían para la oración.

Saqué bastantes fotos del interior, de la escultura, del ábside, de techo con sus ocho nervios coincidentes en el punto central sin clave.

No me apetecía dejar el lugar pero quedaba aún mucho camino por delante y era hora de emprenderlo. Adiós Eunáte, había caminado más de la cuenta pero había merecido la pena. Volvía a estar solo otra vez.

El camino a Óbanos no era hermoso; es posible que el color gris del día y la soledad del camino me hubiesen apagado el ánimo porque lo cierto es que anduve durante un buen rato junto a un río custodiado por cientos de chopos; el silencio era total, porque hasta el agua al bajar respetaba la tranquilidad del momento.

Tras atravesar una carretera comarcal, me adentré en un paraje distinto. Sólo se escuchaba el golpeteo constante de mi bastón y la acompasada respiración que se hacía más jadeante a medida que iba subiendo la cuesta.

La empinada cuesta mitigaba el dolor de tobillo. Me iba aburriendo. Nadie me adelantaba, nadie era adelantado. Una tremenda cuesta apareció, de repente, ante mis ojos: era corta pero pronunciada. En la cumbre, estaban las primeras casas del pueblo de Óbanos, donde esperaba encontrar una farmacia. Eran las 10, 30, las calles estaban desiertas y si hubiese alguna farmacia seguro que estaría cerrada.

El albergue, cuyos anuncios advirtiendo de su existencia llevaba viendo desde hacía un buen rato, no había abierto aún. Mi café tendría que esperar. Una mujer me indicó el camino a la farmacia (¡había farmacia!). Por fin di con ella. La farmacéutica asistía a un peregrino francés que quería un bote de alcohol. Ella le aconsejó agua oxigenada y él se fue tan contento.

-¡Buenos días, auxiliadora de peregrinos! –salude a la señora

Un poco extrañada, me saludó fría. “Te has pasado, Alejandro” pensé. Estos navarros son más bien parcos y poco dados al chiste fácil, y mucho menos a las familiaridades prematuras.

Le pedí tímidamente un par de tobilleras temiendo que me respondiese con un “están agotadas”. Afortunadamente no había, al parecer, muchas lesiones de tobillo por allí. Su lejanía se tornó en cercanía y me mostró varios modelos aunque me recomendó uno que es “especialmente efectivo, aunque algo más caro”. Incluso me ayudó a ponérmela en el pie.

-¡Qué tobillo más delgado tiene usted! Acostumbrada a ver tobillos de alemanes que los tienen como cuellos de anchos...

Será por eso que lo tengo dañado, pensé y comprobé con alegría que la tobillera me lo sujetaba suficientemente.

-Vale –dijo la farmacéutica- es el tamaño mediano.

“¡Coño, pues no tendré el tobillo tan delgado, señora, pues el tamaño es mediano, o sea, del montón!”, pensé mientras me calzaba la bota.

También me compré una rodillera por si acaso. Luego le pregunté por una cafetería y me recomendó la de la Loli, junto al campo de futbol, unos pocos metros más allá (y más hacia el sentido contrario de mi camino).

Allí, en el servicio del bar, me puse la otra tobillera encima de la primera, para sujetar aún más el dolorido pie, y me tomé un par de barras de pan (sin tostar) con aceite y café.

Eran las 11,22 cuando salí de Óbanos camino de Puente de la Reina.

Óbanos, es en realidad, el lugar donde se unen los Caminos Francés y Aragonés; al menos eso rezaba un letrero junto a la ermita de El Salvador, a la salida del pueblo. Esta iglesia es un recinto soso y embutido entre coches aparcados junto a sus fachadas y alguna casa. Por cierto, el pueblo exhibe orgulloso una enorme y bella iglesia donde cada dos años se representa el misterio de Óbanos; se trata de una historia ciertamente absurda según la cual la noble Felicia tras peregrinar a Santiago decide dedicarse al cuidado de los caminantes, lo que su hermano Guillermo, duque de Aquitania, rechaza de plano. La discusión debió ir a mayores porque éste en uno de los primeros casos de violencia sexista (violencia de género sería si el hermano hubiese peleado con otro hermano) asesinó a la pobre y filántropa hermana. Amargado por el remordimiento (y tal vez evaporados los efectos del alcohol) decidió emprender peregrinaje a Santiago y aposentarse a su regreso en Óbanos donde llegó a la santidad dedicado al cuidado de los caminantes.

La ruta a Puente de la Reina era igualmente aburrida y poco atractiva. A la salida de Óbanos tuve que descender por una enorme bajada pavimentada que correspondía a la enorme subida de la entrada, y que conducía a una carretera que debe cruzarse. Allí comenzó un sendero plagado de arbustos y tan estrecho que solo cabía una bota. Se me hizo corto el trayecto, la verdad.

Me tropecé, en seguida, con el hotel Jakue y por fijarme en él no vi el monumento al Peregrino erigido en la entrada del pueblo por la Organización Juvenil Española para conmemorar la marcha jacobea del año 1966 que mandó, Manuel Antón, un amigo de mi padre. Ahora ya no hay placa que recuerde aquella marcha ni mención alguna a quién lo levantó. Es como si al borrar todo vestigio del pasado que no gusta se quisiese en vano eliminar la historia, que solo cuenta los hechos, buenos y malos. En este caso fue un hecho bueno que tuvo lugar en un período nefasto.

Hay una fábrica de maderas a la entrada de la localidad y frente a ella otro albergue de peregrinos, el de los Padres Reparadores; a pesar de su nombre no me detuve. Estaba bien de ánimo y la venda me sujetaba el tobillo.

De repente dejé de ver señales y entré en el centro del pueblo por un lugar equivocado. Afortunadamente, una mujer recondujo mis pasos hacia la calle principal. Verdaderamente, Puente de la Reina merecía la pena. Sus casas medievales están perfectamente conservadas y sus calles, limpias y estrechas, difícilmente evocan las épocas de peste, la suciedad, las aguas fecales discurriendo por la superficie, la venta ambulante, los mercados al aire libre y el griterío de los niños.

Allí a lo lejos vi la entrada del puente que da nombre a la villa. Para facilitar el paso de peregrinos, y supongo que de mercaderes, la esposa de Sancho III de Navarra, Doña Mayor, ordenó que fuese construido un paso sobre el río Arga en el siglo XI. Crucé emocionado esta belleza de cinco ojos y desde el llamado "lomo de asno" contemplé con prudencia la altura enorme hasta las aguas del río. El espectáculo era sorprendente; ¡cómo es posible que supiesen, o mejor dicho, pudiesen colocar aquellos tajamares ante el empuje de la intensa corriente! El libro de Follet, *"Un mundo sin fin"*, lo explica con detalle.

Desde el moderno puente que discurre paralelo al medieval pude sacar algunas cuantas fotografías, y a mí mismo sonriendo.

Había comenzado a lucir el sol y el forro polar me estorbaba, así que paré junto a un poyete. El camino era feo pero cómodo de andar. Atravesé debajo de una autovía que dio paso a un paisaje puramente castellano, con una escarpadura a la derecha y una llanura sembrada de trigo a la izquierda. Me recordaba a algún rincón soriano. El río Arga me acompañaba con un gran caudal de agua. Las hojas de la chopera vecina se mueven y el ruido remacha la soledad del caminante. Comencé a hablar solo.

Una pareja de peregrinos caminaba a un par de cientos de metros por delante de mí que en seguida perdí de vista. Las señales me indicaban un giro a la derecha. Comenzaba un camino de color rojo. La arcilla, aún blanda por el agua de lluvia, no dejaba avanzar bien y el esfuerzo era doble. De repente una subida de aupa que no estaba anunciada en la guía. ¡Y qué subida! El paso se hizo corto y empecé a sudar. El barruchi aún me anclaba más al terreno y la cuesta cada vez era más cuesta, o por mejor decir, la cuesta arriba cada vez era más cuesta arriba. Con la mano casi podía tocar el suelo que en seguida hollaría con el pie. Me adelantaron dos ciclistas que al poco tuvieron que echar pie a tierra. Tras una media hora de caminata, un compañero de peregrinaje me adelantó a buena marcha. Le manifesté mi asombro por su velocidad y aminó para ponerse a mi altura. Con él, en buena charla, anduve el trecho que me quedaba hasta Mañeru. Se llamaba Jaime y según me contó hacía diariamente unos 30 kilómetros de Camino, con una media de 4 kilómetros a la hora. Me aseguró que hace unos meses pesaba 130 kilos y que tuvo que elegir entre adelgazar o la muerte. Junto a Jaime, muy despacio, coroné aquel pequeño Everest. Al fin, llegamos a Mañeru donde Jaime bebió de la fuente y donde nos despedimos. Eran las 13,20 y en un banco de la plaza paré para ponerme

la segunda tobillera sobre la primera. El puñetero tobillo me dolía cada vez más. Seguí camino a Cirauqui.

Decía la guía que el sendero desde Meñeru era un agradable paseo, y así era al principio; pequeñas lomas con viñedos y algún roble me acompañaban. Pero al cabo de quinientos metros, el camino se convirtió en un barrizal imposible. Tuve que aminorar la marcha ya de por sí lenta. Hacía mucho calor, el sol pegaba de plano y solo la cercanía de mi meta me animaba. Desde casi la salida de Mañeru comencé a divisar el campanario de Cirauqui.

Era éste un bello pueblecito medieval situado en lo alto de una colina. Sus calles, por tanto, apuntaban todas a la Iglesia que coronaba el conjunto. Una de ellas pasaba bajo el edificio del Ayuntamiento y desembocaba en una bella plaza; junto a ella otras tantas calles que bajaban y subían. Seguí ascendiendo hasta toparme con una escalinata que daba al atrio de la Iglesia por un lado. Elegí una rampa en lugar de los peldaños, y llegué hasta la farmacia donde compré una pomada de Voltarén para la inflamación. Enseguida me topé con el albergue; la hospedera estaba fumando tranquilamente en la entrada y al ver mi paso firme dijo:

-Pareces muy entero, ¿eh?

El albergue estaba situado frente al cimborrio de la Iglesia, rematado éste por una fuente que aún funcionaba y donde los peregrinos lavaban sus botas. Yo no lo hice.

La hospedera, Ainoa, me acomodó en una litera baja y me enseñó el albergue, la ducha, el fregadero y el tendedero. Luego me informó de los horarios de misa y de la cena. Ésta sería a las 7,30. No había comido y la verdad la esperaba con ganas. Pero era aún muy pronto y en el pueblo no había ni restaurantes ni ultramarinos, así que me entretuve con alguna barrita de chocolate y el café de la máquina.

En el zaguán del albergue había una mesa a la que me senté para escribir el diario. Entraba fresco y allí debí coger frío. No cesaban de llegar peregrinos. Se descalzaban sus embarradas botas y Ainoa les enseñaba la litera, las duchas y el fregadero y les informaba del horario: a las siete la misa y a las siete y media la cena.

Así pasé el rato hasta que abrieron la tienda de comestibles donde me aprovisioné de algunas cosas para la etapa del día siguiente.

Fui a misa. La iglesia casi se llenó entre peregrinos y locales. Poco antes de acabar me salí. Aún recordaba la liturgia a pesar de los largos años de ausencia de estos sitios, pero ciertamente me pareció rancia, ridícula y fuera del tiempo.

Durante la cena, en el sótano muy bien acondicionado del albergue, me sentaron con dos caminantes de Cataluña. Él era ciego y ella, su mujer, le hacía de lazarilla. Se llamaban José María Juanola (“como las pastillas”) y Dolores, ambos de Castellfollit, de Gerona. Ainoa nos colocó junto a seis italianos que hacían el recorrido en bicicleta desde Roma. El resto de peregrinos, que eran alemanes e ingleses, se sentaron en otras dos mesas grandes, así distribuidos por lenguas. Nosotros éramos los de las lenguas romances.

La cena que había preparado Josera, al marido de Ainoa, también de donosti, fue exquisita: albóndigas con espaguetis y de postre tarta y fruta. El vino, de la tierra, muy bueno.

José María quedó invidente a los 40 años debido a una enfermedad hereditaria, la retinosis pigmentaria. Su madre era ciega también. Sin embargo, esto no le ha impedido seguir con sus excursiones y montañismo ayudado por su mujer que le conduce por todo tipo de andurriales. Apoyado en su hombro, han conseguido llegar a alturas de 2.800 metros en el Pirineo catalán. Era un hombre increíble que enseña con su ejemplo a apreciar la vida y lo que tenemos.

Tras esa agradable velada, nos acostamos. Conseguí dormir algunas horas, pero el toque de silencio sonó demasiado temprano para mí y tardé en conciliar el sueño.

Martes, 27 de mayo de 3008

Llegué a Estella a la una de la tarde. Salí de Cirauqui o Zirauki a las 8 de la mañana tras tomar un café con leche de máquina y una chocolatina. El tiempo era agradable, fresco y encapotado. Tan solo me detuve en Lorca, entre las 9,30 y las 10,30 y desde allí, sin parar, al final de etapa: Estella.

Me senté en el jardín del Hospital de Peregrinos, un albergue municipal que cuesta la pernocta con desayuno incluido solo 5,50 euros. Me dieron la cama 17 del primer piso; mi vecino de litera se llamaba Dani, al que conocí al poco de salir de Zirauqui. Es psicólogo, tiene 30 años y es de Barcelona. Un tipo simpático que no me dejó hasta llegar a Estella animándome durante todo el trayecto: mi tobillo seguía quejándose. No paramos de charlar y, tal vez, a causa de tanta cháchara nos equivocamos de camino y gracias a un ciclista pudimos regresar a la tura correcta 3 kilómetros más adelante. Una propina de kilómetros que me supo a demonios: iba con las fuerzas justas porque encima la pierna derecha de tanto sobrecargarla empezaba a protestar también. ¡Vaya panorama!

Dani me animaba y aunque a veces echaba de menos la soledad del camino, agradecí que me acompañara. En el fondo, gracias a él no me detuve a dormir en Lorca.

Se sorprendió de mi profesión, de mis viajes y de la gente famosa a la que conocía. Esto de ser medio famosillo es bastante tostón.

En Villatuerta, donde finalmente recuperamos el itinerario normal, unos catalanes de Rituerto (Soria) también me reconocieron, es decir, decían que me conocían de algo, el prelude obligado para decirles que si la tele, que si tal, que si cual.

De Villatuerta a Estella nos acompañó el río Ega que iba muy caudaloso. Ir acompañado tiene sus ventajas pero también te impide ir a tu paso y contemplar y disfrutar del paisaje; en esta etapa apenas me fijé en él.

La llegada a Estella sorprende al viajero con la bellísima iglesia del Sepulcro, justo a la entrada del pueblo. Tiene una impresionante fachada, lo único que se puede saborear porque el templo está cerrado a cal y canto.

A pocos metros se encuentra el albergue. Allí llegamos bastante cansados. Tras el sellado de la credencial, subí a mi planta y dejé las cosas en la litera. Lavé la ropa, me duché y me fui a dar un garbeo por la ciudad. Era la hora del almuerzo y sus calles estaban desiertas.

Recuerdo de Estella sus iglesias colgadas en lo alto de las peñas y el caudaloso río. En el Ayuntamiento, gobernado por UPN con ayuda del Centro de Álli, ondeaban las banderas española, navarra y de la ciudad.

En una cafetería pequeña, coqueta y con unas vista magníficas al río, me tomé una magdalena con un descafeinado y pegué la hebra con el dueño. Charlamos sobre política municipal, me contó las barbaridades arquitectónicas que se han hecho en el pueblo y del frustrado proyecto de Aznar de construir un parador nacional donde hoy está un albergue de ancianos.

Tras la charla y el paseo, regresé al camastro para descansar, pero el sueño me vencía y no quería dormir a una hora tan cercana al toque de silencio, así que bajé al patio del albergue donde charlé con un francés y con un inglés en francés. De regreso a mi litera con la ropa seca que había tendido en el patio, me encontré con Dani y otros amigos suyos; era un matrimonio pelmazo también de Cataluña. Entre ellos hablaban en castellano. El marido era un auténtico tostón al que gustaba mostrar los planos del recorrido, las cotas alcanzadas, las curvas de nivel, el mejor itinerario próximo, etc. Es de esos que no escucha. Su mujer, sosa, solo sabía protestar de lo incómodo del Camino y maldecir la hora en que su marido (violencia doméstica) le había obligado a emprender la marcha. Y allí estaban los tres dale que te pego a las curvas de nivel, los mapas, los itinerarios y las protestas.

En la conversación salió el tema de mi tobillo y un consejo: acercarme a un puesto de la Cruz Roja, cercano al albergue, donde un par e sanitarios atendían gratis al peregrino. Y allí que me acerqué. En la salita de espera de aquel garaje convertido en ambulatorio, me encontré con aquel hombre tan simpático que conocí subiendo al puerto de El Perdón y del que sigo sin recordar su nombre. Había acudido para recibir un masaje reparador, y allí se había quedado, charlando con todo el que acudía al socorro. Recuerdo que hablaba tan alto con un ciclista entrado en años que uno de los sanitarios tuvo que invitarle a que saliera del garaje. Me despedí de él y nunca volví a encontrármelo, cosa que lamento.

El Camino a Santiago es sobre todo una experiencia del conocimiento humano. Sí, claro, el paisaje es tu hogar, el entorno en el que vives, pero las relaciones humanas es la salsa y el picante, es decir, la sustancia.

En aquel ambulatorio conocí a un tipo verdaderamente extraordinario, extraño, altruista y con una arrolladora fuerza vital. Era el fisioterapeuta que me atendió el tobillo. Se llamaba Josemari. Mientras me masajeaba el pie y el músculo tibial (“lo has asustado tanto que se ha encogido. Debes caminar poco y darte baños de agua fría”) me contó que una mañana se encontró en su cama a su hijo de 27 años muerto. Había fallecido durante la noche por causas

naturales. Hacía seis meses de aquello y allí estaba aquel socorrista, contándome su vida con toda naturalidad, sin un ápice visible de emoción, aunque sólo era una postura. De aquella lección, me dijo, he nacido un hombre nuevo y sobre todo más sabio. No volveré a tropezarme con él y también lo lamento, aunque tal vez lo emocionante del caso sea eso: el instante en que conoces a alguien atractivo y la intensidad con la que vives, fugazmente, la relación.

Sobre las seis volví a contemplar, algo mejorado del tobillo, la fachada de la iglesia del Sepulcro y sacar unas fotos. Me llamó entonces Gómez Fuentes y con él estuve hablando hasta las siete en que me fui a un bar cercano para cenar. Un guiso de ternera y una ensalada. Después, un rato en la puerta del albergue. Durante la espera para la hora de dormir se me acercó el conserje del albergue para que hiciese de traductor con una mujer inglesa cuyo marido sufrió un infarto cerca de Estella. Quería saber la pobre mujer si habían encontrado las gafas del hombre que luchaba por vivir en el hospital de la ciudad.

Miércoles, 28 de mayo de 2008

Me levanté a las 5,30 tras una noche en la que volví a escuchar el trombón sordo de mi vecino, un catalán de Soria que acompañaba a su hermana en el Camino. Me lavé como dicen que se lava el gato y me vestí en silencio, como todo el mundo a esas horas. Tras hacer el macuto, bajé a desayunar. El café estaba servido en una vaca de plástico junto con otros recipientes para leche y agua caliente. Me serví una taza y me senté en un banco corrido para comerme unas galletas María. Aún tuve tiempo de servirme otro cafelito con más galletas, mientras bajaba el grueso del pelotón. Y hasta admiré a la concurrencia abriendo un bote de mermelada con el tapón atascado a base de darle golpecitos con un cuchillo mientras alguien, que tuvo que envainársela rápidamente, decía así romperás el cristal.

Salí del albergue a las siete de la mañana tras hacer las necesidades vitales y tomarme otro café, sin galletas. Durante este café me encontré con Paloma, la madre que acompañaba a su hijo que me recordaba a Nacho. Era, como creo haber dicho, un muchacho tranquilo pero con un punto violento o nervioso en su mirada.

Me despedí del hospedero y enfilé la salida del pueblo deteniéndome para sacar alguna foto de nuevas iglesias y monumentos. Aquellas siempre en lo alto de un peñasco.

Pasé por el villorio de Ayegui, una mierda de sitio que es en realidad un barrio de Estella. Me acerqué al albergue siguiendo las indicaciones de la guía que informaba de que allí sellaban la llamada "ayeguina" un sello que señala el kilómetro 100 de recorrido desde Roncesvalles. El gilipollas de hospedero, un extranjero con cara de payaso, me la negó con malos modos; pues que te den a ti y a la "ayeguina"... Y encima tuve que subir a lo alto de aquel poblacho para luego bajar nuevamente. ¡Vaya tomadura de pelo!

Llegué al Monasterio de Irache donde me encontré con otra gilipollez: una fuente de vino instalada por una bodeguera para atraer a la masa de turistas. Y de verdad que pican, beben a

esas horas de la mañana buenos vasos de vino y se sacan fotos delante del chorrillo. Menuda chorrada esa del chorrillo.

Pasé por una urbanización y luego una Ciudad de Vacaciones Irache a la que podían derogar de un plumazo sin que nada malo ocurriese, todo lo contrario.

Al poco tiempo el camino me llevó a un extraordinario bosque de carrascas, al pie de Montejurra. El tobillo me seguía jodiendo y a veces le prestaba más atención al dolor que al paisaje. A lo lejos grandes montañas ennegrecidas por los nubarrones y aunque el cielo tenía un hermosísimo color azul oscuro no me detuve para sacar el chubasquero. Eso sí, hacía frío.

Dentro del bosque salió el sol que no me abandonó hasta mi destino en Villamayor de Monjardín. Llegué a Ázqueta donde solo hay un bar moderno y bien atendido, donde me puse a escribir parte de mi diario mientras me tomaba un café con pan untado en aceite. ¡Qué rico!

En el Camino, como he dicho, encuentras todo tipo de tipos, aunque a todos conoces superficialmente y la mayoría no merece la pena más de un par de minutos. En una mesa cercana a la mía tres mujeres mantenían una conversación insulsa con un lugareño de unos 70 años. A una de ellas escuché decir: “usted no puede ser de campo porque es tan sabio”. ¡Pero bueno, si estos hombres son los más sabios!

El hombre que charlaba con las mujeres y que dijo tener 75 años (casi los clavé) les contó la historia de San Veremundo cuya estatua fotografié en Villatuerta; les decía no saber dónde nació aquel santurrón pero sí que fue allá por un año del siglo XI. Al escucharle, enseguida supuse que aquel lugareño debía ser el famoso Pablito el de las varas, llamado así porque entregaba un bastoncillo gratis a cada peregrino del Camino.

Al acabar la charla con las mujeres, me acerqué a Pablito y le saludé con un “buenos días, don Pablo”.

-No, no, llámame Pablito –me dijo

Enhebrada la conversación volví a llamarle “don Pablo” y aquello colmó el vaso de su paciencia. Aquel hombre que parecía un alma cándida tenía, en realidad, un fuerte temperamento.

-Pero, y dale ¿por qué Pablo? Mi nombre es Pablito –dijo bastante molesto levantando la voz-

Pasado el malentendido, Pablito o don Pablito, como se prefiera, me acompañó a su casa. De un cajón sacó una hoja de calendario arrugada en la que aparecía entre los mártires del día 13 de noviembre al tal san Pablito.

-Pues usted perdone, don Pablito, no sabía que hubiese un santo con ese nombre tan, tan... diminutivo.

Su afición, aguzada por el aburrimiento, era charlar. Me ofreció sellarme el pasaporte con su sello particular que era en realidad el dibujo de una estela de piedra que se encontró hace 40 años removiendo la tierra junto a un camino en construcción. Allí había sido enterrado, al parecer, hace siglo y medio. Ahora, Pablito la tiene orgulloso en el jardín de su casa.

-Bien pudiera ser el recordatorio de la memoria de alguna persona importante de la época fallecida durante el peregrinaje a Santiago o una señal que indicase el Camino –me dijo Pablito.

En el envés aparece la Cruz de Santiago y en el derecho la Cruz de Malta. También es posible que señalase la existencia de un hospital de peregrinos que, hace muchos años, existía no muy lejos de allí.

Me llevó luego a un garaje donde me enseñó sus varas y un cajón lleno de conchas. Muy contento, me invitó a escoger una. Elegí la más pequeña. Pablito rodeó mi cuello con un cordel que midió hasta la altura del pecho. Luego lo cortó con una navajilla que sacó del bolsillo y los extremos los ató con maestría a la concha, que ya tenía hechos los agujeros.

-*Para que hagas bien el Camino* –me deseó Pablito.

Finalmente me invitó a conocer el interior de la Iglesia parroquial. Al acercarnos, un perro enorme se echó encima ladrándome como un poseso. El anciano trataba de calmarlo, pero yo producía tanto miedo por la piel que el perro se animaba cada vez más en sus amenazas. Lo tenía a escasos centímetros de mi pantorrilla y mi temor era que con un mordisco me arruinara el Camino. Al cabo de algunos minutos de angustia salió la dueña de una casa cercana y se lo llevó.

La Iglesia tiene un retablo policromado y de colores muy vivo. Pablito me mostró la fecha, 1556, año en que el obispo de la diócesis lo mandó tallar. Me enseñó, orgulloso de sus conocimientos, cómo se escribía por aquellos años “año” –*mira, mira, anno*- mostrándome las dos “n”, y luego inquieto, como los verdaderos guías de los museos, corrió hacia un fresco más feo todavía que las anteriores pinturas del obispo.

-Estaba escondido tras ese retablo y lo descubrimos al hacer obras en la parroquia.

Le urjo a que apague las luces y cierre la capilla porque Pablito, con la confianza que le había dado la media hora de charla, había comenzado a expresar sus pensamientos más retrógrados sobre la religión y las mujeres. Aquello era demasiado para mí y además se me hacía tarde.

La salida del templo fue tan incómoda como la entrada por el dichoso can que volvió a mi vera ladrándome y enseñándome los afilados colmillos. El miedo volvió a apoderarse de mí y aquel chucho lo notó Mierda. Los ladridos eran cada vez más intensos a pesar de que me animé a tranquilizarle; por fin salió la dueña a la que eché una verdadera bronca por dejar suelto a tan antipático animal.

Por fin me despedí de don Pablito. Tras los adioses me volví a encontrar con Paloma y su hijo que se acercó al anciano a pedirle una vara.

La meta estaba cerca y mi ánimo arriba, así que me puse en camino y luego de unas cuantas curvas ya pude ver el campanario de la iglesia de Villamayor. Las ruinas del castillo de Monjardín, en lo alto de una pirámide de 900 metros, ya se veían desde mucho antes de Ázqueta.

El camino era cómodo aunque el sol apretaba. Algunos peregrinos me pasaban sin decir ni mu y es que en estos tiempos modernos hay de todo, pero sobre todo, maleducados. Y no solo en España.

Sobre las 11 y media llegué a Villamayor. El albergue de la Asociación de Peregrinos estaba cerrado. Yo necesitaba beber algo y ducharme así que busqué el que regenta una asociación de cristianos ecuménicos de Holanda llamada Oasis Trails. Craso error como luego se verá. Allí me recibió una tal Betty, una holandesa que pasaba partes de sus vacaciones en España atendiendo a los peregrinos y aprendiendo español.

Era el segundo peregrino en hospedarme allí así que pude elegir cama. Escogí una baja en una habitación donde solo había 3 literas. Me duché y lavé la camisa.

Uno de los holandeses que regentaba el albergue comenzó a darme una verdadera paliza sobre Jesucristo y la felicidad que sentía en el servicio a los demás como buen cristiano. Me decía estar jubiloso por haber conocido al Redentor y por haber recibido su gracia. Y yo, pacientemente, aguantando aquel don recibido. ¡Jesús, que tropa!

Había tendido la camisa, un pantalón y una toalla y me dispuse a dar una vuelta por el pueblo. La iglesia, abierta todo el día según un cartel colgado en la puerta del atrio, estaba a oscuras. A duras penas pude ver al joven que se parecía a Nacho recogido y ensimismado en el último banco mientras que su madre, de rodillas, rezaba en el primer banco. No me atreví a echar un euro en el encendedor automático de la luz para no molestar y abandoné la iglesia aunque merecía la pena ver el Cristo de plata traído del castillo de Monjardín para evitar que fuese robado.

“No voy a la iglesia porque estoy cojo pero voy a la taberna poquito a poco”, según el dicho popular, así que busqué el bar para tomar una coca-cola, escribir el diario y comer algo.

La mujer que atendía el bar, una portuguesa de edad mediana, me sirvió una ensalada mixta y un estofado de ternera y una naranja de postre. Y todo por 9 euros. Me senté en la esquina de una mesa corrida donde al poco tiempo acudieron la madre y el hijo que se sentaron a mi lado. El chico me dijo que se llamaba Tirso, “como Tirso de Molina”, precisó para que entendiese bien su nombre. La mano le temblaba al llevarse el tenedor a la boca y constantemente se levantaba para salir del bar y echarse un pitillo. Su madre, al percatarse de que le observaba, me sonrió y yo, gilipollas de mí, al recordar a Nacho me emocioné.

Por fin vi el interior de la iglesia de San Andrés. Era sobria, sencilla y elegante; hermosa, por tanto. Encerrado en una urna de metacrilato y protegido por una gruesa celosía de hierro en el lado izquierdo de la nave, estaba el famoso Cristo repujado de plata. Su rostro, diminuto, era hermoso.

Cuando salí del templo el cielo amenazaba lluvia. Eran las 14,45 y vi a Paloma y Tirso marcharse del pueblo. Sin duda iban a mojarse.

Volví a mi albergue. Acababan de llegar unos italianos. Las literas de mi cuarto estaban todas ocupadas ya, y en una de ellas roncaba como nunca he oído a nadie roncar, un enorme macarroni. Uno de los peregrinos, asustados por el trombón del paisano, pidió ser trasladado y un francés protestó en voz alta. La mujer del italiano en vano trataba de despertarle o amortiguar con sus “chis, chis” aquellos formidables truenos. Al cabo de media hora, el hospedero reclamó mis servicios. Un par de holandesas, sin plaza ya en el albergue, no querían quedarse en la hospedería de abajo, demasiado sucia para ellas, y reclamaban la ayuda para pedir un taxi hasta Los Arcos. Con su móvil llamé a uno de Estella que prometió acudir en 20 minutos. Al cabo de ese tiempo, mi sorpresa fue que en el taxi subió el matrimonio de italianos de los ronquidos y que las holandesas ocupaban sus literas. Cuando pregunté a sus compatriotas por aquel inesperado cambio, me contestaron que la mujer había preferido abandonar Villamayor para evitar que los ronquidos de su marido perturbaran la paz del lugar. Todo un ejemplo de generosidad que agradecí sinceramente.

En el bar, donde regresé, había animada conversación. Se preparaban para asistir al funeral que tendría lugar en la iglesia por el alma de un vecino fallecido el día anterior. Entre ellos estaba un hombre que ya había visto antes a la hora de comer y que se me acercó decidido. “A usted lo conozco, ¿verdad?” me espetó, y para evitar la incómoda incertidumbre que hubiese provocado una vaga negativa con la consiguiente indagación acerca del sonido de mi cara, le contesté que había trabajado en televisión. Con aquella pista, aquel hombre acertó en mi destino de Londres. Tras presentarse como el alcalde del pueblo me invitó amable a llevarme a lo alto de Monjardín tras la ceremonia en la iglesia. Quedé en esperarle allí mismo.

Al marcharse el alcalde, entablé, entonces, conversación con la dueña y su hija, nacida en Asturias, pero que era más portuguesa que su madre; su acento era muy marcado y a duras penas lograba entenderla. Al poco, llegó un lugareño que pidió una cerveza. Se unió a la conversación y allí animadamente estuvimos los 4 hablando sobre casi todo y sobre casi nada, como dijo el gallego Julio Camba.

No recuerdo el nombre del paisano, pero sé que era constructor o lo había sido; el caso es que ahora estaba retirado disfrutando de sus buenos cuartos. Debía ser el único del pueblo que no había acudido al funeral. Hablamos de los reyes navarros, de los viñedos, de la bodega del pueblo y de la iglesia y de su hermoso cristo. Hay una leyenda según la cual había sido robado por unos ladrones de la ermita de Monjardín, situada en la cima del alto del mismo nombre y sin custodia, la talla apareció en la plaza del pueblo meses después una fría mañana de invierno en medio de la nieve. Hoy, para evitar tentaciones, está encerrada, como he dicho, bajo siete llaves y una tupida cancela en la iglesia del pueblo. Y a propósito de este cuento, el

paisano aquel me decía divertido que deberían colocarla, sin protección alguna, a la vista de todos.

-¿Para qué?, si siempre volverá a su sitio.

La joven portuguesa me preguntó por el albergue que había elegido. Al contarle que estaba en el de la plaza, se llevó las manos a la cabeza.

-¡Pero si a ese no va ningún español!

- Pero, ¡caramba!, y ¿eso por qué? –le interrogué extrañado e interesado

La cantinera, en su inefable lenguaje, me explicó que los cristianos que regentan el albergue ese, obligan a los peregrinos, tras la cena, a darse la mano y a cantar himnos religiosos; a ponerse unas estolas y levantar las palmas; y no sé qué cosas más.

-Ya te digo –repitió- allí no va ningún español.

Coño, me dije, pues ahora mismo me cambio al otro y ni corto ni perezoso salí para reservar plaza no fuese que me quedase en el infierno de los creyentes.

El albergue de abajo era inhóspito, mal cuidado, con colchones de plástico colocados sobre poyetes de cemento y baños estrechos y escasos. El hospedero, otro portugués, me dio una litera baja junto a los retretes y en ella puse, como señal, mi libro y un gorro. También le aseguré que bajaría después mi macuto aunque tardaría un rato porque el alcalde me había invitado a subir al monte.

Al salir del albergue, zas, me tropecé con el holandés palizas de por la mañana, que se había convertido en errante porque, al parecer, había recorrido todo el pueblo en mi búsqueda.

-Hello, Alex, I was looking for you –me dijo en su inglés apenas entendible.

Junto a sus palabras, algo alteradas, también noté en su rostro una cierta extrañeza al verme salir de la hospedería de la competencia. Rápidamente me explicó por qué trataba de encontrarme. Resulta que el padre de una peregrina holandesa, de camino ésta por el Padornelo, había fallecido en Ámsterdam y sus familiares trataban de localizarla. Conocedores de este albergue holandés, habían llamado por si podían echar una mano.

En la subida hacia la plaza del pueblo volví a tropezarme con el alcalde que estaba con su hijo en los columpios. Volví a saludarle como si fuésemos viejos amigos (ya estaba yo tramando una excusa para el holandés) e insistí en que luego nos veríamos.

-Sí, sí, claro –me respondió mientras empujaba el columpio

Cuando llegué al albergue todos parecían alterados. Enseguida me puse en contacto con el 112 explicándoles la situación y con la guardia civil a la que di los pocos datos de que disponíamos

de aquella holandesa. Los “lagartos” amables y competentes me prometieron hacer todo lo posible, y entonces, cumplida mi misión de traductor, les espeté a los hospederos ecuménicos que me largaba a casa del alcalde, que era mi amigo, que me había –¡oh sorpresa!- encontrado con él y que me había invitado a pasar la noche en su casa. La coartada de mi espontáneo saludo al alcalde en la plaza debió servir para que el incrédulo holandés lo creyese. Yo temía que el proselitismo de esas gentes trabase mi huida pero, ante mi sorpresa y alivio, me dejaron marchar. Eso sí, agradecieron con vivas muestras de entusiasmo mis gestiones para la localización de su compatriota y me regalaron un evangelio de San Juan en castellano. Y con esas y mi macuto que hice apresuradamente, me las piré lo más rápido que pude.

No podía bajar al otro albergue sin riesgo de que me vieran, así que opté por marchar en dirección al bar y esperar allí la invitación del alcalde. No había que dejar pistas.

Ya había llagado la hora de honrar al difundo y todos se habían ido. Había comenzado el funeral y también un chaparrón que, por cierto, fue de campeonato. Y en el bar aguardé a que amainase y a que llegase mi anfitrión.

No tardaron mucho los de la iglesia en venir a la tasca. Media parroquia acudió a refrescarse y a celebrar que la muerte por ahora no fuese con ellos. Un grupo de gente joven, brusca y vociferante, se me rodeó bebiendo cerveza y vino. La conversación que tenía con las cantineras y aquel jubilado acabó y de coz y hoz tuve que meterme, aunque solo fuera físicamente, en la que habían comenzado aquel grupo de parroquianos que me tenía aprisionado.

En aquella situación era difícil sustraerse a lo que decían y al cabo de unos minutos trabé conversación con un par de ellos que al punto me invitaron a cerveza y vino. Cuando les dije que era soriano, a coro me respondieron que en un encuentro con uno de Soria y una serpiente mejor matar al soriano.

Allí estuvimos charlando sobre las faenas de la vendimia, del mildiú y de la garnacha que no se da bien por aquellos lares. Y venga una invitación y otra. El tono de la charla era cada vez más alto; un grupo de holandeses, arrinconados en el extremo de la barra, comenzó a entonar canciones y yo pensé que aquello acabaría mal. Afortunadamente no tardó en aparecer el alcalde que tuvo que asistir tras el funeral al entierro del muerto.

La tormenta descargaba con fuerza y no parecía que fuese a parar. El cielo estaba completamente cubierto y era de color negro. Mi ilusión por subir a Monjardín con el alcalde se esfumaba por instantes. Veía cómo las gotas que caían sobre el pavimento del frontón, enfrente del bar, rompían con fuerza. En las ventanas el agua salpicaba los cristales; los sumideros traga**ban** como podía**n** la torrentera que corría con fuerza, como el vino dentro del local. Allí había muchos peregrinos alemanes, ingleses y holandeses.

Iba a tener suerte, una vez más. La lluvia cesaba, y las nubes se iban. Eugenio, el alcalde, se acercó al grupo en el que estábamos y empezó a saludar uno a uno.

-Que estáis bebiendo con una persona famosa –dijo ufano.

Uno de los que estaban en el grupo, el más simpático pero también el más geta, dijo entonces que le sonaba mi cara, afirmación a la que se unieron inmediatamente otros concurrentes. Y vuelta a explicarles quién era y qué hacía por aquellos pagos. Y comenzaron las exclamaciones de rigor “pues yo conozco a fulano y a zutano...etc.”

El buen tiempo, que iba adueñándose de la tarde, me salvó de la situación. El alcalde ordenó que era hora de marchar porque estaba escampando (“aquí decimos escampar”, sentenció) y presto dejé el macuto en una esquina al cuidado de todos y de ninguno y en su compañía salí del local. Junto a su coche, un jeep todo terreno estaban otros dos paisanos amigos suyos que nos iban a acompañar en la ascensión. Se llamaban Joaquín y Jesús María.

Ya no llovía e iba abriendo el cielo. Iba a quedarse una tarde limpia y clara, aunque fresca. En el camino de subida nos salió una liebre no muy grande. Eugenio aminoró la marcha del coche ante la protesta de José Mari que quería a toda costa atropellar al animal. Durante varios cientos de metros, la liebre subía sin poder echarse a un lado hasta que, exhausta, pudo encontrar una salida y se perdió entre las jaras.

Monjardín está en lo alto de una cumbre a 900 metros sobre el nivel de mar. La panorámica desde lo alto es soberbia. Jamás había contemplado desde una altura que no fuese en avión tanta extensión de tierra bajo mis pies. Desde aquella impresionante atalaya se dominaban los cuatro horizontes y en días claros y sin nubes se podía incluso ver el Moncayo.

-¡Y con un buen catalejo hasta los campanarios de El Pilar! –aseguró José Mari.

¡Cómo describir la emoción de aquellas vistas! Con la composición caprichosa que dibujaban las fincas, las gamas de color verde se sucedían hasta donde llegaba la vista. Allí parecía estar el edén, con toda su variedad de árboles y arbustos. Más a lo lejos una cadena montañosa componía un círculo perfecto roto tan solo por un pequeño arco que desembocaba en una inmensa llanura parcheada con sembrados de trigo y cebada. Y ya casi donde no llegaba la vista, cerraban el horizonte las cumbres azules de las montañas. Sus cumbres se escondían entre las mismas nubes que acababan de descargar sobre Villamayor.

“Aquí, al norte –decía el alcalde- tenemos pinos y robles, sobre todo, y alguna haya. Al sur, carrascas y viñedos” Y así era, porque aquel formidable pico en forma de pirámide de Keops marcaba el límite entre lo meridional y lo septentrional.

A la llegada al castillo, José Mari tocó la campana, único vestigio sobreviviente de aquel inmenso castillo del que hoy solo quedan algunas paredes en pie. Ese toque de campana es ya una costumbre que cumple todo aquel que sube a Monjardín.

A cada paso que dábamos me sorprendía más el paisaje que se abría bajo mis pies. Y en cada uno de los cuatro pétalos de la rosa de los vientos la vista era si cabe más hermosa.

El primitivo nombre de Monjardín fue Deyo. El nombre de Monjardín parece que deriva de Mongarcini (el monte de García) en alusión al rey navarro. Otros aseguran que son la gran cantidad de flores y plantas las que bautizaron al enorme cerro. En la cumbre están la ermita

de San Esteban de Deyo y los restos de lo que fue fortaleza en el siglo X. También se pueden ver el aljibe que daba agua al castillo, la base de un gran torreón y una escalera de piedra. Hay quien dice (Joaquín por ejemplo) que el fortín fue construido por los romanos ya que parte del aljibe tiene trazas romanas. La historia sitúa aquí una batalla entre Carlomagno y un rey moro de nombre Furro que se resistió al paso del emperador franco. Y también a su fiel Rolando quien de un lanzazo atravesó el ombligo del gigante Ferragut, tal vez el mismo Furro habitante de Monjardín. Esta importante batalla quedó reflejada en un capitel de la iglesia de Villamayor y en el Palacio de los Reyes de Navarra, en Estella. En 907, Sancho Garcés I, rey de Pamplona, conquistó Monjardín. Tan apetecible atalaya era siempre codiciada por los moros y hasta Abderramán III intentó conquistarla. Sancho Garcés la defendió y conservó pero murió un año después y fue enterrado allí mismo con grandes funerales y boato. Muchos años después el castillo y la ermita pasaron al obispado y, luego, otra vez a la corona. Fernando el Católico salvó a la fortaleza de la destrucción que él mismo ordenó de castillos y fortines. También fue utilizado en las guerras carlistas al estar cercano a Estella y a Montejurra.

El alcalde me abrió la ermita donde estuvo hasta comienzos del siglo XX la famosa cruz de plata, la pieza de orfebrería más antigua de Navarra junto con el evangeliario de Roncesvalles. También vimos el sepulcro de Sancho Garcés y el de otros dos cadáveres más que tanto Eugenio como Joaquín insistían era de otros tantos reyes.

Al bajar de aquella formidable atalaya levantada por el capricho de la naturaleza mi pensamiento seguía allí arriba.

Eugenio me llevó hasta el bar, donde recogí el macuto y un bocadillo de tortilla que había encargado a la portuguesa, y luego hasta el albergue de abajo procurando que no me viera el coñazo del holandés.

Cuando entré en la hospedería (Eugenio me llevaba las botas en la mano) el portugués se sorprendió. Al parecer no me esperaba y había colocado en mi litera a otro peregrino. Me encontraba pues sin cama. Le dejé claro que había colocado mi libro y gorro en la cama en señal de ocupación y que le prometí mi regreso tras el paseo con el alcalde. El hospedero me contó que el agua de la tormenta se había filtrado por el tejado e inundado varias camas por lo que tuvo que reacomodar a los peregrinos damnificados. Al final, tras vagabundear de un sitio a otro buscando un colchón libre y seco (con el alcalde detrás llevando mis botas y yo refunfuñando) dimos con una en medianas condiciones: estaba junto al borde de la humedad pero era lo único que quedaba.

Di un abrazo al alcalde y me despedí de él prometiendo enviarle las fotos que nos hicimos en Monjardín.

Ya eran las 9 de la noche así que desenrollé el saco de dormir y comencé a carraspear. ¡Vaya!, me dije. En lo alto de Mojarjardín había estado sin las botas, tan solo con las sandalias y había pasado frío.

No pegué ojo en toda la noche. Sudaba dentro del saco y ya no sabía si aquella humedad era mía o del chaparrón de la tarde anterior. Y es hora de resaltar aquí la mala educación y falta de

compañerismo de algunos o de la mayoría de los peregrinos, ya nacionales ya extranjeros. Y claro está que no me refiero a los ronquidos, ruido natural y difícil de controlar, sino por las ventosidades trompeteras que aunque expelidas dentro de los sacos, resuenan por entre sus paredes; o los carraspeos exagerados o el cierre brusco de puertas y cerrojos o la recogida de macutos o, lo peor de todo, los cuchicheos interminables de los peores educados.

Aquella noche también se me hizo larguísima. Las horas pasaban lentamente y yo daba vueltas dentro del saco como preso de él.

Jueves, 29 de mayo de 2008

A las cinco y media cansado de que me despertaran ladridos, ronquidos y pedos opté por ser yo quien hiciese ruido y me fui al retrete. Me lavé los dientes, me refresqué la cara con agua, excrementé y me vestí. Luego hice el petate.

Como el hospedero no se levantaba, un americano y yo optamos por prepararnos el café con el material que aquel había preparado la noche anterior. Yo tomé galletas y el americano tostadas con mermelada. Luego, como en la jungla, fueron apareciendo otros predadores que también dieron cuenta del botín. Por fin, cuando todos estábamos saciados, apareció el portugués.

Tuve que volver al retrete. Mala señal. Dejé cinco euros de propia (la hospedería era gratuita) y me dispuse a la marcha. En la plaza, me tropecé con la mujer que había ocupado mi litera en el albergue de los holandeses. Me preguntó si me había olvidado de unos pantalones y entonces recordé que no los había guardado en el macuto en la precipitada huida. ¿Qué hacer? Dejé la mochila junto al bar y sin equipaje me acerqué a la hospedería. Entré sin ser visto y subí a la primera planta; efectivamente, en los barrotes de la cama, tal como los había dejado, allí estaban mis queridos pantalones. Los cogí de un zarpazo y bajé hasta la calle a toda prisa; los metí en el morral y abandoné el pueblo. El tobillo comenzó a dolerme con las prisas. Mi moral estaba rozando la altura de mis suelas.

Eran las siete de la mañana cuando salí de Villamayor pensando en el maravilloso paisaje que había visto la tarde anterior y en lo mucho que había disfrutado. También me ocupaba en consolarme con la idea de que Los Arcos estaba cerca, unos 12 kilómetros de camino por terreno llano. El día era gris y comenzó a chispear.

El camino era largo, muy largo y se veía a lo lejos. Estaba salpicado de carteles informativos colocados por la Sociedad de Amigos de Irache en los que se contaban historias y hechos ocurridos por allí. El primero en el que me detuve decía que por aquellos pagos está la llamada Cueva de los Verdes, que no era otra cosa que una mina de cobre a la que vinieron gentes de Macedonia para explotarla hace ahora cuatro mil años. Y en sus galerías los que morían iban siendo enterrados. Las filtraciones de agua fueron tiñendo los huesos de aquellos mineros del color verde que da nombre a la cueva.

Más adelante, otro letrado contaba que por allí estuvo acampado el general liberal Domingo Moriones al mando de 12.000 hombres. Su misión era la toma de Montejurra ocupada por los machistas seguidores de Don Carlos VII. El tiempo se volvió inclemente y durante varios días no cesó de llover embarrando tanto el campamento aquel año de 1873 que la brigada del general quedó atrapada por el fango. Mucho después, el general George Smith Patton pidió al general Eisenhower no emprender un ataque bajo similares condiciones “no sea que nos pase lo que a Moriones en España” dicen que dijo. La victoria en la batalla de Las Ardenas, días después de aquel consejo, fue decisiva para que los aliados ganasen finalmente la guerra.

Lo que graba el nombre de MONTEJURRA en la memoria de los carlistas es precisamente aquella victoria del 7 de Noviembre de 1873 cuando al mando de Carlos VII las fuerzas carlistas derrotaron a las tropas liberales del General Moriones que intentaban ocupar Estella.

Y como dice una página web tradicionalista, “como recuerdo de estos hechos, el 19 de Julio de 1936 el Tercio de Requetés que se Organiza en Pamplona bajo las órdenes del Comandante de Infantería D. Rafael García-Valiño y Marcén para luchar como sus abuelos contra el Liberalismo más atroz de todos los tiempos con el nombre de TERCIO DE MONTEJURRA”

No volví a ver más letrados cosa que lamenté porque entretenían el camino. Como ejercicio para olvidar la debilidad y el tobillo me entretuve en recordar aquellos nombres y aquellos hechos.

Por entonces todo el mundo seguía adelantándose. Llevaba, de todos modos, buen paso, unos 3,5 o 4 kilómetros a la hora. Iba recorriendo el camino que la tarde anterior mis amigos de Villamayor me habían mostrado desde Monjardín y conseguía recordar pinares y montes. Al final de una gran pinarada, tal como me dijeron, doblé hacia la izquierda y dejé de ver la pirámide. A cambio un inmenso océano de trigales se abrió a mi paso. Lamían las faldas de las lomas robándoles el terreno a los pinos.

All, a lo lejos, iban cuatro peregrinos que andaban como el demonio y más lejos aún me pareció ver una auto caravana. ¿Qué haría por allí aquel turista?, me dije. Tardé en llegar una media hora y lo que parecía desde la lejanía un turista avisado huyendo de la aglomeración de los campings, era en realidad un voluntario de ayuda al peregrino apostado en aquella curva del camino. Me ofreció café y galletas y durante una hora larga me senté con él charlando con todos los que llegaban rezagados.

Por allí pasaron, mientras estuve sentado, holandeses, italianos, alemanes, franceses, ingleses y hasta una húngara, y todos daban los buenos días y se despedían con un “buen camino”; excepto unos que por la pinta debían ser españoles (al menos eso deduje al verlos llegar) que en lugar de saludar gritaron como poseídos “¡visca Catalunya! y otras estupideces nacionalistas. El voluntario, amable y ajeno al polémico saludo, aún acertó a bromear con un “los catalanes no tienen frenos” a lo que aquellos estúpidos respondieron con un no sé qué sobre sus estupendas cualidades. A esta gente con miopía crónica y falta de educación producto de su estúpido nacionalismo, ni siquiera el Camino, la anchura del paisaje, la ausencia de fronteras o límites, aplaca la idiotez. Son realmente memos a los que espolean y animan otros no menos memos. Son imbéciles de nacimiento que babeen con su nacionalismo

y acentúan su necesidad en cuanto se juntan con ese al que llaman extranjero. Yo estaba convencido de que su enfermedad (que por cierto padecen todos los que sufren cualquier tipo de nacionalismo excluyente, llámese español, inglés o sueco) se curaba visitando una agencia de viajes, pero ahora vi que el viajar acrecienta su provinciana idiosincrasia. No se detuvieron ante la amabilidad de aquel voluntario porque se creían autosuficientes y ni siquiera agradecieron el gesto altruista de quien desinteresadamente ofrecía gratis café, agua, ayuda y un poco de compañía. ¡Que les den! Ninguno de los demás que pasaron (representantes de todo el planeta) gritó ¡viva mi país!, sino buenos días y adiós.

En sentido contrario a la marcha general, llegó un joven de ojos azules y pelo rubio que confundí con un inglés (y no solo porque caminara en sentido contrario). Era de Irún y era bombero, según me dijo. Hacía el doble camino pues regresaba de Santiago en dirección a Roncesvalles deshaciendo lo andado. Ciertamente tenía cosas de su profesión como vulgarmente se dice.

Me contó que entre Ponferrada y Cebreiro un perro mastín tan grande como un elefante le atacó, pero que al darle con la punta del bastón cesó en su agresión dejándole en paz. También me dijo que otra mañana, muy de madrugada, al doblar un sendero solitario se encontró con un lobo. Al cruzarse las miradas, lobo y hombre, salieron corriendo.

Aquel amable voluntario que me ofreció café y galletas se llamaba John y era inglés, de Londres, de Croidon para más señas. Su español era tan perfecto como su inglés y tan pronto hablábamos en su idioma como en el mío. Le expresé mi opinión sobre la excentricidad de los ingleses y su especial falta de comunicación con el extranjero, salvo, claro estaba él mismo que con su actitud no hacía sino confirmar aquella regla. Me confesó que su madre era española, de Estepona y que conoció a su marido en Gibraltar, donde ella trabajaba: un inglés de Inglaterra.

Lo curioso del caso es que el padre de John descendía también de españoles y entonces me contó su historia. Resulta que el abuelo de su abuelo era alférez de navío en una fragata española que luchó junto a los franceses en Trafalgar. Hundido por un buque de Su Majestad, fue hecho prisionero en Gibraltar donde estuvo confinado durante años. Trasladado finalmente a Londres y liberado, formó familia que conservó su apellido De la Vega, apellido, que por cierto, sigue llevando John.

-“Me siento orgulloso de mi familia –me aseguró- pero creo que mi abuelo se equivocó de bando”

John era periodista, mejor dicho, ayudante de realización en la ITV y claro conocía a sir David Nicholas del que le hablé y al que conozco porque he cenado con él en un par de ocasiones en Mónaco. Me contó que le habían ofrecido la posibilidad de jubilarse anticipadamente y que no desaprovechó aquella ocasión; y allí estaba como cada año durante los últimos ocho ayudando al peregrino en su camino. Le di dos euros de propina y me marché Empezaba a sentir la fiebre.

Estaba desanimado. Caminaba automáticamente, arrastrando los pies. A pocos metros de la caravana me detuve para tomarme un Ibuprofeno. El sol caía a plomo ahora lo que acentuaba la sensación de fiebre. Soñaba con una cama con sus sábanas frías en un hotel oscuro y tranquilo; luego en el hotel, soñaría con mi cama de casa. Uno nunca acaba de soñar.

Caminar en aquellas condiciones era poco menos que imposible. Ya a pocos kilómetros del pueblo había decidido que lo mejor era abandonar; no tenía sentido hacer el camino sin disfrutar.

Llegué finalmente a Los Arcos agotado. Era mediodía y el sol pegaba fuerte. La calle principal era larguísima y en ella encontré una farmacia donde pude comprar unos supositorios de paracetamol. Al llegar a la plaza vi un hotelito que parecía limpio y aseado: Hotel Mónaco. Y allí que me dirigí. En ese momento salían Paloma y su hijo Tirso a quienes iba a ver por última vez. Me contaron que la tarde anterior la tormenta les empapó y que Tirso tuvo que llevarle la mochila a su madre. Nos despedimos con un "buen camino" y con el deseo de vernos otra vez, sin saber ellos que la fiebre me había echado definitivamente del camino.

Con mucha fiebre, pedí una habitación tranquila y me dieron la 202, con una gran terraza que daba a la carretera nacional y a la Plaza. ¡Pues vaya tranquilidad!

Me di una ducha y apenas me sostenía en pie; coger el jabón era arriesgarse a caer. Me dolía la cabeza, el tobillo y el alma. Me acosté enseguida.

En la cama no pude dormir. Todo el cuerpo protestaba y ninguna postura me acomodaba. Daba vueltas y vueltas en la cabeza a qué hacer. En principio no debería decir nada en casa. Llamé a mi hermana para informarle de mis pupas; y luego me tomé el bocadillo de tortilla. Aquello me sentó bien y pude dormir un rato. Me despertó el móvil y ya no pude volver a descansar.

Bajé a la cafetería del hotel sobre las siete. Me bebí dos zumos de naranja natural que me supieron a gloria y luego me senté en una mesa y pedí unos raviolis precocinados que no acabé Finalmente, llamé a Elvira para que suspendiera el previsto viaje a Logroño y a un taxi para que me llevara al día siguiente a Madrid. Los 310 euros que iba a cobrarme hicieron que cambiara de idea. Iría a Pamplona y de allí tomaría el primer tren a Madrid.

En una farmacia me compré un termómetro. Subí a la habitación y con la música traté de dormir.

La noche pasó, como todas, lentamente. El cuerpo entumecido por la fiebre apenas me dejaba descansar y solo el Ibuprofeno me calmaba. Llegué a tener 39,5 de fiebre.

Viernes, 30 de mayo de 2008

A eso de las 6,15 de la mañana me levanté para hacer la mochila, ducharme y desayunar. Me tomé dos ricos panes tostados con aceite y un zumo de naranja. No tenía fiebre y aún me dieron ganas de seguir.

Me sellaron el pasaporte en la recepción y poco después tomé el taxi a Pamplona. Le pedí que se detuviera unos minutos en Puente de la Reina, justo donde la estatua del peregrino para certificar que allí seguía y sacarle un par de fotos.

Poco antes de las 9 llegué a la estación de Pamplona. Había pasado como un suspiro por aquellos pueblos que me había costado cruzar días; el Puerto del Perdón lo crucé bajo un túnel y me pareció mentira el camino recorrido a pie; hasta las montañas me parecían más bajas y los valles menos extensos.

En el bar de la estación pedí un descafeinado y me puse a escribir, sin ganas, el diario. A las 10,45 pudimos acceder al tren.

Desde el cómodo asiento del tren, con un ejecutivo bien vestido, móvil y ordenador, sentado delante como un extraterrestre en medio de aquel mundo de peregrinos, cansancio y emoción, veía pasar fincas, pueblos, montañas; veía caminos, bosques y llanuras, y me parecía seguir caminando por las sendas del Camino, paso a paso, lentamente, avanzando metro a metro con los ojos clavados en el suelo. Recordé cada etapa del viaje, cada persona; sentí cada aroma del bosque, cada sonido; aprecié cada imagen, cada rincón; y me emocioné. La rabia por el fracaso acaba por devolverme a la realidad de un viaje en el mismo tren de ida que no resultó tan agradable y sí más largo y pesado.

Llegué a Puerta de Atocha a las 14,30 y al cruzar al metro perdí mi mp3. Aquel no era mi día.

Me bajé en Ríos Rosas y tras un último esfuerzo alcancé el portal de Robledillo. Allí me abrió Elvira. Te pareces a Sean Connery, me dijo y me sacó una foto.

Había llegado a casa derrotado por la fiebre no por el Camino. Estaba destrozado, desanimado y frustrado. Los días vividos habían sido de emoción y libertad. Había despertado admiración y envidia pero no me sentía orgulloso. Había perdido. Cometí muchos errores: demasiado peso en la mochila, etapas muy largas al comienzo y sobre todo considerar el Camino con un reto personal.

Al Camino hay que ir sin ataduras, sin complejos, sin desafíos. El Camino no es nuestro enemigo; el Camino somos nosotros y es mejor no competir contra nosotros. Al camino se va para disfrutar, para jugar, para contemplar, para sentir; se va para conocer, sobre todo para conocer y para aprender; para aprender de uno mismo y un poco de los demás.

Sólo así se triunfa en el Camino.

